

Machado en sus ciudades

6-7 feb. 2023

Actas de la
IX Edición
del Aula Juan
de Mairena

Machado en sus ciudades

6-7 feb. 2023

Actas de la
IX Edición
del Aula Juan
de Mairena



Primera edición: agosto de 2023

Edita: Área de Gobierno de Cultura, Turismo y Deporte.
Ayuntamiento de Madrid

Coordinación editorial: Javier Pascual Echalecu

© de los textos, sus respectivos autores

© de la ilustración interior, Daniel Parra

Diseño: Tres Tipos Gráficos

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
sólo puede ser realizada con la autorización de sus
titulares, salvo excepción prevista por la ley.



MADRID

cultura,
turismo y
deporte



RED DE CIUDADES

Machadianas

PRESENTACIÓN

Para cualquier viandante madrileño, y no digamos que para los llegados de fuera, basta un paseo de unas pocas horas por el casco histórico de la ciudad para advertir que sus fachadas, como las cualquier lugar con una larga historia literaria a sus espaldas, están llena de homenajes a autores cuyas novelas, poemas y obras de teatro han influido decisivamente en eso que suele llamarse nuestra educación sentimental, y que no es sino otra manera de decir —mucho más plástica, sin duda— nuestra manera de estar en el mundo.

Algunos de estos literatos son más conocidos que otros, claro está, pero, incluso entre los más populares, hay que reconocer que Antonio Machado brilla con luz propia, y también que con su poesía ocurre algo muy pronto frecuente, algo que quizá represente la máxima aspiración de un creador: y es que sus poemas, tan hondos como sencillos, casi no parecen literatura; casi parecen escritos, más que por un hombre de carne y hueso, por la propia lengua castellana.

De hecho, no es raro encontrar que, incluso entre los que no son lectores de poesía, resultan conocidos versos suyos, algunos musicados, como por ejemplo aquellos inolvidables que dicen:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

Me gusta pensar que no se puede entender bien Machado sin Madrid, ni Madrid sin Machado. La relación del poeta con nuestra ciudad alcanza, a intervalos, tres intensas décadas de su vida, y como bien sabe todo el mundo arranca en los años en los que se forjan los caracteres: en la adolescencia y la juventud.

El poeta llegó en 1883, cuando contaba con tan solo 8 años, y a esa edad ingresó en la Institución Libre de Enseñanza, una experiencia que le marcaría profundamente. Los Machado, «beduinos urbanos, siempre dispuestos al traslado», según Ian Gibson, tuvieron en la ciudad numerosos domicilios: en la Claudio Coello, 16; hasta tres casas distintas en la calle Fuencarral, sede de las desdichas familiares, y, finalmente, en la calle del General Arrando 4, cerca de la plaza de Chamberí, desde la cual partiría al destierro.

En Madrid, decimos, Machado escribió buena parte de su obra, influida por las calles de la ciudad, que tan bien conocía, los teatros, las tertulias y los cafés literarios. También impartió clases en varios centros de enseñanza y frecuentó los lugares donde bullía la cultura de entonces. Y asimismo cultivó fértiles amistades con intelectuales de la talla de Pío Baroja, Rubén Darío, Federico García Lorca y toda la galería de personalidades

de las artes y las ciencias que se movían en torno a la mencionada Institución Libre de Enseñanza.

En resumen, la obra de Antonio Machado se nutrió del ambiente madrileño y buena parte de sus poemas impregnan las calles y el ambiente literario de la ciudad de la que partió camino del exilio, y por eso resultaba una falta imperdonable que nuestra ciudad no formase parte, hasta 2019, de la Red de Ciudades Machadianas, una asociación creada diez años antes con objetivo de integrar todos los municipios que tengan vínculos señalados con la vida o con la obra del poeta, y de la que a día de hoy forman parte Baeza, Barcelona, Collioure, Rocafort, Segovia, Sevilla y Soria.

La Red tiene como propósito principal promover actividades de tipo cultural y turístico que ayuden a difundir la figura, obra y vida de Antonio Machado, apostando por la colaboración y el intercambio de experiencias entre las ciudades integrantes de la misma, y sin duda una de sus iniciativas más importantes es la celebración de unas jornadas anuales, conocidas como el «Aula Juan de Mairena», en las que ahondar en el carácter más filosófico y social, cultural y educativo del poeta.

La IX edición del Aula, bajo el título de *Machado en sus ciudades*, tuvo lugar el 6 y 7 de febrero de 2023 en nuestra ciudad, que en ese momento ostentaba la presidencia rotatoria de la asociación, y estuvo coordinada por Carlos Aganzo, periodista, escritor, poeta y autor del libro que sirvió de inspiración para el *leit motiv* de las jornadas: *Las ciudades de Machado* (Tintablanca, 2022).

En ella participaron diversos profesores, escritores, ensayistas y, en definitivas, especialistas en la obra y vida de Machado, que trazaron un fructífero recorrido de la vida y obra del poeta a lo largo de todas las poblaciones de España que vivió. Además de las conferencias incluidas en el presente libro, se celebraron en las bibliotecas Iván de Vargas y en la Eugenio Trías – Casa de Fieras otras conversaciones y diálogos que el interesado puede visualizar en el canal YouTube de la Red de Bibliotecas Públicas de Madrid, así como en la propia web de la Red de Ciudades Machadianas.

El dibujo realizado a partir de la famosa fotografía de Alfonso en el Café de las Salesas, utilizado en el material promocional e incluido al principio de este libro, es de Daniel Parra, a quien la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos agradece su generosidad, como también a la casa editorial Tintablanca por su cesión gratuita.

Igualmente, deseamos mostrar nuestro agradecimiento a Amancio Prada por el extraordinario concierto que dio el 21 de marzo, en el Centro de Cultura Contemporánea Conde Duque, titulado *Los poetas de Machado*, con el que se puso un broche inmejorable a la presidente rotatoria de nuestra ciudad.

El agradecimiento, como no podía ser de otra manera, ha de hacerse extensivo también a todas las personas que han contribuido con su trabajo a la celebración de tantas *acciones machadianas* organizadas a lo largo de estos meses.

La Red, como hemos dicho, se creó con el objetivo de profundizar en la vida y obra del poeta, y desde esta Dirección General esperamos humildemente haber cumplido con esta misión durante nuestro mandato, de cuyo programa de actividades me vienen a la memoria, entre otras actividades, el reestreno del documental «Los días azules» de Laura Hojman, con presencia de la directora, un emocionante recital de su poesía a cargo de Álvaro Tato, la creación del itinerario «Madrid, ciudades machadiana» en la APP Miramadrid y los centros de interés en nuestras bibliotecas públicas.

Es un honor pasar el testigo de la presidencia a Sevilla, desde este momento nuevo municipio presidente de la Red, a cuya corporación municipal deseamos expresarle nuestra colaboración, como también, no me cabe duda, del resto de ciudades de la Red, y de la propia Secretaría de la Red, a cuyos representantes es justo agradecer y reconocer públicamente su empeño casi personal en mantener siempre viva, como nexo de todos los españoles, la obra de Machado.

Emilio del Río Sanz
Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos
Ayuntamiento de Madrid

PROGRAMA

JORNADA I 6 de febrero de 2023

Mañana

- 09:00 Bienvenida a cargo del comisario Carlos Aganzo y los representantes de los ayuntamientos de Madrid y Soria
- 10:00 J. A. González Sainz:
«Machado en Soria»
- 10:50 Alicia Viladomat:
«Pilar de Valderrama y Antonio Machado»
- 11:40 Ignacio F. Garmendia:
«Los hermanos Machado en Sevilla»
- 12:30 Amalia Iglesias:
«París de Antonio Machado»
- 13:20 Raquel Lanseros en conversación con Carlos Aganzo:
«Machado en Collioure: odisea y mito»

JORNADA II

7 de febrero de 2023

Mañana

- 09:00 Ángel González Pieras:
«Machado en Segovia»
- 09:50 Txema Castiella y Xavier Marcè en conversación con Carlos Aganzo:
«Machado en Barcelona»
- 10:40 Antonio M. Herrera:
«Machado regresa a Villa Amparo»
- 11:30 Manuel Mateo Pérez:
«Baeza de Antonio Machado»
- 12:20 Carlos Aganzo:
«Machado: nuestras vidas son las ciudades»
- 13:10 Clausura a cargo de Marifé Santiago
Bolaños
- 14:00 Balance y despedida del encuentro

Tarde

- 19:00 Luis Alberto de Cuenca en diálogo con Carlos Aganzo: «Antonio Machado y yo»

ÍNDICE

pág. 17

Lugares poéticos y poética del lugar
(La «Soria» de Antonio Machado)
por J. A. González Sainz

pág. 27

Pilar de Valderrama y Antonio Machado
por Alicia Viladomat

pág. 37

Los hermanos Machado y Sevilla
por Ignacio F. Garmendia

pág. 51

Machado vuelve a Villa Amparo
por Antonio M. Herrera

pág. 67

Baeza en don Antonio Machado
por Manuel Mateo Pérez

pág. 85

Nuestras vidas son las ciudades
(Radiografía viajera de Antonio Machado)
por Carlos Aganzo

LUGARES POÉTICOS Y POÉTICA DEL LUGAR. (LA «SORIA» DE ANTONIO MACHADO)

J. A. González
Sainz

Hay escritores que viven un tiempo en una ciudad o en un país determinado y esa ciudad o ese país dejan a lo mejor poca o ninguna *huella en su obra*; seguramente no así en su vida, porque todo tiempo y toda experiencia del tiempo de la vida acaba por contar de algún modo y dejar su impronta, pero eso no tiene por qué traducirse artísticamente tal vez en su obra. *Sale poco a veces* en la obra, vamos a decir, el país o la ciudad en que se ha vivido durante un trecho.

Por el contrario, la cuestión se da otras veces justamente al revés: unos pocos años en una ciudad, un país o incluso un lugar determinado pueden ser más que suficientes para marcar a un escritor de modo indeleble y para que su obra registre una amplia y profunda huella de ellos, para que *salgan*, por seguir diciéndolo así, *mucho* en su obra.

El *Ulises* de James Joyce, por ejemplo, no hubiera sido lo que es si el escritor irlandés no hubiera recalado, por casualidad y en este caso bastantes años —aunque también con bastantes

tumbos—, en la ciudad de Trieste. Como tal, la ciudad de Trieste no *sale*, volvamos a decir, en el *Ulises*, aunque sale en parte en realidad con otro nombre; sale como Dublín. Las experiencias lingüísticas que el escritor pudo tener en aquel crisol de lenguas y registros lingüísticos que era la Trieste del imperio habsburgués o su experiencia del mundo judío o de la convivencia de religiones, entre otras muchas cosas, incluida la experiencia de la precariedad, a Joyce le marcan profundamente y obran artísticamente en él, de modo que poco después las trasladará en su obra a Dublín, aunque hayan tenido lugar en Trieste.

James Joyce es unos años —siete— más joven que Antonio Machado y llega a Trieste por primera vez, y por pura carambola, en 1904; si bien no será hasta 1907 cuando se establezca, por decirlo de una forma poco coherente con la vida efectiva del escritor, durante más de un decenio en Trieste. Año 1907: justamente el mismo en que Machado llega a Soria para tomar posesión de su puesto de profesor de literatura francesa en el Instituto de Enseñanza Media de la ciudad castellana. En esta ciudad Antonio Machado estuvo, como es sabido y por las causas que también son ampliamente conocidas —la desdichada muerte por enfermedad de su mujer—, sólo unos pocos años, exactamente hasta finales de verano de 1912. Si descontamos los viajes y la estancia en París con Leonor para asistir a los cursos de Bergson, menos de cinco años en realidad. Pocos, efectivamente pocos, y sin embargo el influjo de la ciudad y el campo de Soria y de su vida allí fue decisivo, crucial cabe decir, en su experiencia de vida y también en su obra. No hay más que leerlo donde él mismo lo dice: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé, allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano», escribe en 1917 en Baeza, cinco años después de abandonar Soria. Y el mismo año lo vuelve a decir casi igual pero con un añadido: «Allí me casé: allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre».

Machado escoge siempre las palabras con suma precisión y las coloca, aunque parezca lo contrario, como dardos lanzados

en las frases y los versos. En la síntesis de exacta precisión y sencillez se juega el misterio de su rara profundidad.

Vamos a esas frases: la tierra de Soria como tierra *sagrada*, es decir, merecedora de respeto excepcional o de culto de alguna forma religioso —en un texto sobre Gerardo Diego, Machado habla de «la bendita tierra de Soria»—. También como tierra *orientadora*. Una tierra, pues, *sagrada y orientadora* nada menos que en la época en que justamente «no hay caminos», en la época del nihilismo europeo que él describió como nadie en el célebre poema del caminante sin caminos. Ahí es nada: algo que orienta cuando ya no hay caminos, «Soria» como algo —ya veremos qué— que orienta cuando la época se distingue precisamente por la falta de orientación. «Soria» de alguna forma como lo que ya no hay. ¿Pero orientadora de qué? Orientadora de todo: del *corazón* y los *ojos*. Es decir, orientadora de los sentimientos (el corazón) y de la visión, del ver, y por tanto del teorizar —teorizar es, también etimológicamente, ver— y en puridad de la razón. «Soria» como orientadora de la razón y del sentimiento, del meditar y pensar y asimismo del sentir.

Seguir en la obra toda de Machado la profunda dialéctica de la razón y el corazón y la dialéctica de los *ojos*, de los ojos que ven y los ojos que te ven, del *límite* de la mirada y el *cambio* de los ojos con que se ve, es introducirse en uno de los meollos de su pensamiento poético, de su «heterogeneidad del ser» y su poética de lo no sintetizable en esencia, su poética del otro y lo otro. Nos limitamos aquí a dar un pasito más en la lectura de esas sencillas frases sobre Soria. Soria como elemento de orientación, muy bien, ¿pero orientación *hacia* qué? Hacia *lo esencial castellano*, escribe. Dicho así hoy o, más bien, oído, así como hoy se oye —la percepción y la escucha también se fabrica—, lo más seguro es que no se entienda. Volveremos a ello con algo más de ayuda textual, poca más.

Antes subrayemos aún otro motivo en nuestras frases de marras. «Soria» fue el lugar vital donde Antonio Machado vivió dos experiencias fundamentales y él las subraya en ambas frases: una, la experiencia del amor, del casamiento, de la relación

unitiva —eso es el amor; frente al odio, que es separador, disgregador—, y asimismo —dos— la experiencia de la muerte y de la pérdida de lo que él «más quería». «Soria» pues como lugar del *encuentro* con lo unitivo y por tanto dador de sentido y, en ese aspecto, trascendente, y también de la *pérdida* de todo ello.

Machado escribe «mi esposa» y escribe «a quien adoraba». *Adorar*, qué mal les sonará hoy ese verbo a muchos. Suena mal justamente en la medida en que nuestra sociedad ha degradado toda trascendencia transformándola en cualquiera de las formas del nihilismo, desde la Ideología al dominio de la Técnica, el Consumo o la Comunicación. La *adoración* tiene que ver en efecto con un rendimiento de culto trascendente a algo o alguien que de alguna forma se halla en un ámbito superior y *santo*, esto es, no mediatizable, al que se aspira rompiendo la separación. Antonio Machado remacha en la segunda frase esta visión del *amor como unión* declinándola de otro modo: *el amor como compañía*: «mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre». Es su *poética del con* y de la compañía que fluye como un venero de significación por toda su obra, su dialéctica de la compañía o la ausencia por «los caminitos blancos» o bien por «los caminos sin camino», la *dialéctica del con y el sin*, de la soledad y la compañía, de la ausencia —la distancia— y la presencia en la constitución del alma. Cuando en el epítome al poema VIII y en el inicio del IX y último de «Campos de Soria», sin duda una de las más grandes descripciones de paisaje de la literatura universal, Machado pone su broche final, lo más alto que puede decir es justamente eso: «conmigo vais, mi corazón os lleva».

«¡Oh sí» —reitera corroborando—
«Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita,
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?».

Frente a la época de la soledad de los caminos del hombre, de la perplejidad de éste en un mundo en que se han ajado las antiguas certezas y desmoronado los viejos valores y orientaciones e imperan desoladas las *separaciones* y las nuevas formas degradadas no ya de *unión* sino de *aglomeración* gregaria —las multitudes de las ciudades, las masas de productores y consumidores, los militantes de ideologías o los incondicionales de la «charanga y pandereta»—, Machado encuentra en «Soria» un *antídoto espiritual*. Encuentra, o bien hace, crea —*poetiza*—, un espacio poético de la alabanza y la celebración de la materialidad de las cosas, de la naturaleza y el paso del tiempo de tal calibre poético que saca de esa celebración de la materialidad, tanto de lo digamos positivo como de lo negativo o pesaroso, *una nueva virtud trascendente y unitiva*. Algo que *llevarse en* la vida para que *acompañe* como estrella por los caminos sin camino. No otra cosa es el retablo de «Campos de Soria», con sus poemas aledaños y el resto de las composiciones sobre la «Soria» recordada en la distancia y la ausencia).

Este es *el antídoto espiritual* que propone el espacio poético de la «Soria» de Machado justamente en un mundo que va en dirección contraria, que está y va a otra cosa, a la aniquilación de las formas de vida y los valores de Europa en los años que seguirán: *recoger y llevarse* uno la ofrenda del sentido de la alabanza de las cosas y los momentos y las gentes, la ofrenda de la *materialidad* de las cosas y de la *compañía* que une y trasciende, del *ir con* en la vida, del *llevarse e ir con* un lugar, una serenidad, un paisaje, unas montañas y un río y unos árboles, es decir, un paisaje en el más estricto e inaugural sentido de la palabra (paisaje en chino, los primeros inventores del paisaje —el paisaje es una invención, como el amor, véanse los poemas a Guiomar, continuación de su meditación sobre el amor—, se dice juntando la palabra montaña y la palabra río). La ofrenda de dejarse acompañar también por otro de los grandes componentes de la vida, el sueño: *el sueño* de lo verde por parte de lo gris y pardo, el sueño de lo alto por parte del suelo, el sueño de «los días azules y dorados» de la niña en el anterior poema V de «Campos de Soria». La serenidad, el paisaje,

el sueño unitivo, pero, asimismo —del otro lado— la melancolía, la «agria melancolía» de las pérdidas del pasado: todo ello llega y *hace al alma*. O bien —la eterna dialéctica de lo no sintetizable y de la precedencia— estaba ya en el alma y por ello se reconoce y recoge y se lo lleva uno.

Ya podemos saber por qué es orientadora «Soria» —es decir, ese lugar poético que *vio e inventó* Machado— y en qué sentido: en el sentido, a pesar de los pesares, de la *celebración* —empezando por la de la mortalidad de los hombres: lo nuestro es *pasar*, correr y pasar y soñar— y asimismo en el de la *serenidad* en un mundo que justamente las ha perdido o las está perdiendo; también en el del sueño unitivo, el *sueño* como compañía, no absoluto, no separado o ideologizable, en un mundo que lo ha degradado y desfigurado; en el ejemplo y el espejo de los *árboles*, de las *montañas* y los *ríos* —las grandes, complejísimas y constantes aperturas simbólicas que recorren toda su obra— y en el de la *dignidad* —veremos— ante la melancolía agria de las pérdidas: en el sentido de *la dialéctica del con* y *la dialéctica de los ojos* y en la de *lo que llega y lo que está* — «me habéis llegado al alma, ¿o acaso estabais en el fondo de ella?».

*
* *

Pero sigamos, aunque tan sólo sea un poco más. Cuando en 1932, veinte años después de su huida de Soria tras la muerte de Leonor, un grupo de amigos y ciudadanos sorianos proponen nombrarle hijo adoptivo de la ciudad, Antonio Machado responde en una misiva que «El hijo adoptivo de vuestra ciudad ya hace años que ha adoptado a Soria como Patria ideal». «Patria ideal», ahí es nada, pero no nos embarullemos con las grandes palabras. En los últimos días de vida de Leonor, Machado había escrito una carta a Ortega y Gasset en la que, entre otras consideraciones acerca de la poesía, afirmaba —en consonancia con el propio pensamiento de Ortega sobre la patria entendida

como algo que se tiene que hacer, como algo relativo al deber hacer— que el poeta no es «un *jaleador* de su patria, sino un *revelador* de ella». No un lisonjeador o adulador grandilocuente pues, sino alguien que indaga, que busca descubrir lo oculto y mostrarlo, hacerlo visible, decir lo más profundo.

«La tierra de Soria, hoy para mí sagrada», «bendita tierra de Soria», «patria ideal»: no es poca cosa. Sin duda motivo de orgullo, sí, pero machadiano, es decir, modesto, humilde: hay que hacerlo, hay que construirla así, crearla así, poetizarla. Se trata de tarea, de la tarea de *ver* y de *decir*, de ben-decir.

Veamos un elemento más de esa tarea. El texto con el que Machado responde el primer día de octubre de 1932 a ese nombramiento de hijo adoptivo de la ciudad se conoce por un título escueto: «Soria», nada más. En él —vamos a prestarle atención—, a distancia de años, de dos décadas de ausencia, y merced a las potencialidades poéticas de esa distancia, el poeta añade algunos rasgos más a la elaboración del lugar poético «Soria»; destacadamente uno: la *pureza*. Es un breve texto de agradecimiento público, pero como suele ocurrir en Antonio Machado no tiene desperdicio.

El comienzo del texto es como si no fuera un comienzo sino más bien una continuación, la continuación efectiva de la construcción de algo que *iba con él* y de lo que podía romper a hablar en cualquier momento para seguir elaborándolo. A bote pronto, de una forma incluso abrupta, empieza su discurso entrando de lleno en la celebración del paisaje, del lugar y el tiempo: «Con su plena luna amoratada sobre la plomiza sierra de Santana, en una tarde de septiembre de 1907, se alza en mi recuerdo la pequeña y alta Soria. Soria pura, dice su blasón. Y ¡qué bien le va este adjetivo!» La luna llena amoratada, la plomiza sierra, una tarde de hace casi treinta años. Y en ese cronotopos, algo, algo pequeño, el lugar «Soria», que se *alza* sobre su altura, que se eleva, espiritualiza. «Pura», dice al cabo y ese decir es un decir exacto: «Sobre un paisaje mineral, planetario, telúrico, Soria, la del viento «redondo» con nieve menuda, que siempre nos da en la cara, junto al Duero adolescente, casi niño, es pura y nada más».

En sólo dos líneas magníficas, el paisaje es ahora el más puro y estricto espacio existencial y, sobre él, sobre esa contundencia de tierra mineral, de extensión planetaria, telúrica, la celebración de algo sin embargo menudo, redondo, leve, afectivo, niño, la nieve menuda en la cara, el viento redondo y el río de la vida casi niño. La celebración de la infinita delicadeza efímera de esa nieve menuda que nos da en la cara sobre la contundente gravedad mineral, planetaria y telúrica. Pero aún hay más: la celebración no sólo de la contrapuntística materialidad de todo ello —nieve menuda en la cara / mineral extensión planetaria— sino del «nada más» que ello, del «nada más» que lo eleva trascendentemente: de la pureza del nada más que lo que son las cosas en la vida, del nada más que lo que es el ser de las cosas.

Pero esa *pureza* no sólo es propia de las *cosas* en la extensión telúrica del lugar «Soria», sino también de *la lengua* con que pueden decirse. Y aquí el círculo no sólo se completa, sino que se justifica y se eleva todavía más. «Allí la lengua de Castilla» «parece tener su propio y más limpio manantial». Antonio Machado, tal vez como nadie —y esto no es una hipérbole—, pudo y supo aprender a *escuchar* desde su infancia la riquísima lengua popular del acervo de canciones, adivinanzas, romances, proverbios y demás elaboraciones anónimas y populares de la lengua española con toda su inmensa viveza de modulaciones tonales, sintácticas, léxicas o significativas. Se había criado literalmente en esa escucha, no en vano su padre fue el gran folclorista de la época que consagró su vida a la recopilación de ese acervo; se había criado con su padre y también su tío —recopilador a su vez del romancero, donde hasta dice Machado en otro texto que aprendió a leer— en la escucha de la gracia del lenguaje popular, de su honda potencia y certera limpieza y asimismo en la de sus cultivadores, como el también sevillano y también «soriano» Gustavo Adolfo Bécquer, «poeta sin retórica», «aquel poeta puro», según señala unas líneas después en nuestro breve texto. Y esa escucha y la conciencia de esa potencia germinal del lenguaje limpio del habla que viene siempre de atrás, del fondo original de la lengua, enhebra continuamente

sus meditaciones literarias y filosóficas para hilar una poesía, y una prosa, de un alcance significativo difícilmente igualable. Sólo tal vez por Rainer María Rilke, a mi entender su homólogo en tantas cosas —a mi entender también los dos mayores poetas de su época—, pero curiosamente en el caso de éste a partir de una escucha completamente distinta de la lengua y de la construcción de una lengua literaria a partir de un conjunto de lenguas escuchadas —alemán, checo, ruso, francés, español, italiano— y de una lengua alemana aprendida en la literatura y en enclaves de esa lengua en otras.

El lugar «Soria», el cronotopos «Soria», tiene pues también como componente el «limpio manantial» de su lengua. «Manantial»: donde nace, el origen donde mana vivo. Y «limpio», es decir también sin «nada más», sin retórica, sin adherencias que lo ensucien o desnaturalicen. Las cosas en su pura materialidad del «sin más», transfiguradas por esa materialidad del «sin más» y por la lengua «limpia» para decirlas. Por eso es «Soria» «lo más espiritual de esa espiritual Castilla». «Nada hay en ella que asombre, o que brille y truene; todo es allí sencillo, modesto, llano. Contra el espíritu redundante y barroco, que sólo aspira a exhibición y a efecto, buen antídoto es Soria, maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos, y nada más».

El lugar «Soria» es pues *una celebración* de las cosas y el lugar y el tiempo de los hombres en un mundo que se ha echado aceleradamente a aniquilarlos, e incluye también *una invitación*: la invitación a ser, a ser como se es «y nada más». Y a celebrarlo. En ese sentido, que es el sentido de la dignidad del hombre, y que se enriquece al final del breve texto que estamos leyendo con el comentario al proverbio —de nuevo los proverbios populares— que Machado oyó en Soria a un pastor, el de que «nadie es más que nadie», es decir, en sus palabras, que «por más que valga un hombre, nunca tendrá un valor más alto que el valor de ser hombre», el lugar «Soria» es asimismo una «escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad». O bien a ello, a que así sea, nos invita.

PILAR DE VALDERRAMA Y ANTONIO MACHADO

Alicia
Viladomat

Quiero agradecer a la Red de Ciudades Machadianas que por primera vez me invitan a participar en un Congreso sobre Antonio Machado, incluyendo a Pilar de Valderrama en el programa.

Bienvenidos a esta Conferencia acerca de Pilar de Valderrama, la Guiomar de Machado, que como todos Uds. saben, era mi abuela.

Mucho se ha especulado sobre la identidad de este personaje; llegando a dudar si se trataba incluso de un ser ficticio, fruto de la imaginación del gran poeta Antonio Machado.

Pues bien, espero y constituye mi más ferviente deseo que tras este encuentro se vayan disipando algunas de sus dudas. Les aseguro que con la información que poseo, pondré todo lo que pueda de mi parte para que así sea.

Viví con ella y en la misma casa hasta los 22 años; la conocí muy bien pero nunca me confió «su secreto».

No quería en vida tener que dar explicaciones de las decisiones tomadas con respecto a su marido, a sus hijos y mucho

menos a su relación con el gran poeta; pero empujada por sus Confidentes, de los que les hablaré más tarde, la convencieron de que esta historia debería ver la luz; así lo hace y lo deja escrito en sus Memorias publicadas por Plaza y Janes en 1981.

Solo unas breves pinceladas para acercarnos más a ella.

Pilar de Valderrama nació el 27 de septiembre de 1889 en Madrid.

Procedente de una familia, por ambos lados, de un alto nivel intelectual y social. Su padre fue un destacado político diputado del partido liberal con Sagasta. Gobernador de Alicante, Oviedo y Zaragoza.

Murió jovencísimo, con 35 años, cuando Pilar sólo tenía seis, quedando ella en la más absoluta desolación.

La madre de Pilar, de origen Santanderino, seguía los mismos cánones. Mujer culta y bien educada.

Al poco tiempo de morir su padre, la madre se vuelve a casar y ella ingresa interna en el Colegio del Sagrado Corazón. Allí se dedica a estudiar, pero sobre todo a la poesía y la música.

Perteneció a la alta burguesía madrileña. Se casó a los 19 años con Rafael Martínez Romarate, compañero de carrera y amigo de su hermano mayor. Apasionado del teatro y muy viajero para la época. Tienen 3 hijos.

Crean el primer Teatro de Cámara «El Fantasio», en su propia casa en el Paseo del Pintor Rosales. Con el Fontalva y el de Los Baroja eran los centros de reunión intelectuales más importantes del momento.

Es en esta época cuando entra a formar parte del Lyceum Club, fundado por María de Maeztu; lugar donde se reunía gran parte de la intelectualidad femenina del primer cuarto del siglo pasado. Formó tertulia con Concha Espina, Zenobia Camprubí, Carmen Baroja y otras consortes de intelectuales. Mujer moderna y avanzada a su tiempo, fue una de las sufragistas por el voto de la mujer.

Alrededor de los 30 años Pilar publica su primer poemario:

— *Las piedras de Horeb* (1923), con los dibujos de su marido y la portada hecha por su cuñado el gran escultor del momento, Victorio Macho.

Su primer libro y su primer verso dedicado a Rubén Darío. Esto nos está dando el testimonio de como Pilar de Valderrama es pionera del modernismo en España.

Pero como dice muy bien Carlos Aganzo en el Prólogo de *Evocación* (Antología Poética de Pilar de Valderrama, publicada por Torreozas, septiembre de 2020) «no es una modernista al uso, lo podemos ver ya desde el principio en las críticas que se publican; tema absolutamente desconocido de ella. De cada libro suyo hay cinco, seis o siete referencias en la prensa escrita del momento, críticas de sus libros».

Las primeras críticas nos dicen que es una mujer que sabe comprender y sentir el mundo interior. Estamos hablando de una poeta comprometida y diferente; mucho antes de conocer a Machado y tener relación con él.

Otra característica de Pilar inconfundible. Su diálogo permanente con la naturaleza. La identificación de los sentimientos íntimos con las manifestaciones de los elementos naturales.

— *Huerto cerrado* (1928).

Un jardín interior que es necesario podar y poner a punto para eliminar de él las malas yerbas. Una auténtica búsqueda de la identidad. A este libro pertenece su magnífico e inigualable poema «Me llamaban rara». A mí también me llamaban rara, precisamente por lo mismo que a ella.

Libro que en su época fue muy comentado, sobre el que se cartearon muchos escritores. Es el libro que la acerca y la une con Machado.

— *Esencias* (1930). Con poemas en verso y prosa. Escrito después de conocer al gran poeta.

— *Holocausto* (1943). Dedicado a su hijo fallecido. Prologado por un soneto de Manuel Machado.

Absolutamente extraordinario. Es el libro que la engarza con la poesía de posguerra española, desarraigada, la poesía de las pérdidas, del dolor de la Guerra Civil. El libro tiene un doble dolor, la muerte de su hijo y la muerte de Machado, de la que se entera por la radio. (Ambos mueren en el 39).

— *Obra poética (1958)*. Antología que incluye *Espacio*, escrito en 1949. *Espacio* para el recuerdo, para la presencia de los seres queridos y desaparecidos. Para un pasado que es presente y para un futuro que no existe.

Y, para terminar, la autobiográfica y póstuma:

— *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida (1981)*.

Y... *De mar a mar (1984)*.

Su último libro que recuerda esos versos magníficos de Machado. «De mar a mar entre los dos la guerra, / más honda que la mar. En mi parterre, / miro a la mar que el horizonte cierra. / Tú asomada, Guiomar, a un finisterre».

Respecto a su Dramaturgia:

— *El tercer mundo*, escrita antes de julio de 1930, según testimonia Antonio Machado en una de sus cartas. Lugar imaginario al que los dos acudían con la mente y con el alma cada día al llegar la medianoche, dando rienda suelta a sus sentimientos y a su imaginación.

— *La vida que no se vive*, no publicada, también previa a julio de 1930, según la misma carta de Antonio Machado. Leída por mi madre en el Ateneo en 1940.

— *Lo que vale más*, no publicada.

— *Sueño de las tres princesas*, estrenada en 1929 en su teatro doméstico «Fantasio».

Poetisa y dramaturga española del postmodernismo, es conocida como Guiomar por su relación con Antonio Machado entre 1928 y 1936 pero no identificada como Pilar de Valderrama y ni mucho menos, la gran escritora que fue.

Yo, solo con los libros que obraban en mi poder, no podía salir al paso de las maledicencias vertidas sobre ella en esos momentos.

Hace casi 6 años, se produce el milagro cuando un importante archivo cae en mis manos y, sin perder un instante, comienzo a estudiarlo. Un montón de cajas de cartón se apilan frente a mí, instándome a abrirlas con premura. Y así es como me encuentro con importantes documentos de incalculable valor: libros dedicados, cartas manuscritas, fotografías familiares, poemas inéditos y numerosos artículos de periódico.

De este modo, fui encontrando muchas de las respuestas a las preguntas que yo misma me venía haciendo desde hace tiempo.

Todavía voy más allá pues, llegado este momento, puedo responder a casi todas las cuestiones que continuamente se me plantean sobre su obra, su vida y su relación con el gran poeta. Mis opiniones vienen respaldadas por lo recogido en las misivas encontradas de todos sus contemporáneos con los que se carteaba continuamente.

Ahora sí puedo decirles que mi testimonio es la historia de un *archivo*; por el momento inacabado e inédito.

Más de 500 cartas, con ida y vuelta, donde se recoge la impronta de prestigiosos escritores de la Generación del 27 y algunos del 98; Jorge Guillen, Gerardo Diego, Concha Espina, Justina Ruiz de Conde, José Luis Cano, José María García Nieto, Luis Castellón Mora (su médico de cabecera), Heliodoro Carpintero, Gabriel Miró, Azorín o el mismísimo Unamuno, quien conoce también sus libros.

Estas misivas hablan de Pilar de Valderrama como escritora. Analizan su obra pormenorizadamente y, por supuesto, su relación con el gran poeta. Algunos de estos escritores de la Generación del 27, especialmente Jorge Guillén, se convierten en sus más fervientes confidentes. Guardando todos ellos «el secreto» que ella les había contado, hasta el final de sus días, instándola a dejar sus Memorias escritas «para después», una vez que ella hubiera partido a otro mundo.

Como dice Fran Garcerá en el Primer prólogo de Evocación:

«Lo que no es nombrado, irremediabilmente, no existe. O, incluso, en el mejor de los casos, sabrán que se trata de un seudónimo que oculta a una mujer, pero no recordarán su verdadero nombre».

La musa, la Madonna del Pilar, la divina, la diosa, como la llamaba en sus cartas Machado, acaba convertida en un mito. Un mito de la literatura española, uno de los grandes mitos: las mujeres de los poetas.

Pero claro, el mito ha devorado a la mujer, y como no... a la escritora.

Pues bien, a través de numerosos cursos, conferencias, coloquios y exposiciones llevados a cabo desde 2016 (fecha en la que me enfrento por primera vez al enorme archivo) he podido analizar con numerosos intelectuales -periodistas, poetas y escritores contemporáneos- la figura de mi abuela y lo que dejó publicado en sus libros, llegando a algunas conclusiones que me gustaría compartir con todos ustedes.

Pilar Valderrama era una mujer inteligente. Lo demuestra el hecho de que decidiera involucrar a su marido Rafael Martínez Romarate, hombre culto y bien preparado, en sus obras. Le pide que realice los dibujos de su primer libro «Las piedras de Horeb», publicado en 1923; esto le vale como salvoconducto

para firmar con su nombre y apellidos; cosa que en aquel entonces era impensable para las mujeres. María Lejárraga por ejemplo, se ve obligada a firmar con seudónimo de por vida, convirtiéndose en «la mujer invisible».

Era una buena escritora y así lo manifiestan numerosas críticas periodísticas encontradas en el archivo, desde los años 40 del pasado siglo, firmadas por Cansinos Assens, Araujo Costa, Lope Mateo. Azorín la nombra «precursora del Teatro de Cámara» en una tarjeta posterior a una carta manuscrita, dándole el pésame por la muerte de su hijo. También Gabriel Miró, cuando habiendo leído alguno de sus poemas, exclamó «Esto, está muy bien».

Era creyente, pero no beata. Simplemente pensaba que existían los designios divinos y el más allá.

Y respecto a la relación que mantuvo durante 8 años con el gran poeta Antonio Machado les diré la conclusión con la que no puedo estar más de acuerdo, que nos dirigió el escritor vasco Félix Maraña, como final del curso impartido y dirigido por mí, en agosto 2017 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander.

«Ambos contribuyeron a la felicidad del otro. Por supuesto que el poeta ayudó a la abuela a rozar cotas más altas de popularidad, a pesar de que ese no era su propósito; Pero ella le devolvió la ilusión por la vida y por volver a escribir, cuando estando abatido por la muerte de su joven esposa Leonor, a la que adoraba, Pilar se cruza en su camino».

El pasaba un tiempo de desolación importante y su pluma no se deslizaba con facilidad por el papel. Ella acababa de sufrir un gran «desengaño amoroso» que desgarró su vida, al confesarle su marido que se había suicidado una joven con la que mantenía relaciones desde hacía dos años.

Pilar se refugia en Segovia (lugar de veraneo con sus hijos pequeños), signo para ella de paz y sosiego.

El 2 de junio de 1928 se produce el primer encuentro con Antonio Machado. El ya conocía su libro de poemas, «Huerto Cerrado». Ella era una escritora consagrada. Pilar tenía 36 años; él, más de 50.

Es a partir de aquel encuentro cuando Machado vuelve a escribir y compone esas maravillosas Canciones a Guiomar que todos conocemos. Ella también dice en sus Memorias

«Al verme, no supe qué pasó por él, pero advertí que se quedó como embelesado, pues no cesaba de mirarme».

Después del primer encuentro, vinieron otros muchos más; el intercambio de cartas y múltiples citas.

Fue ella quien impuso las condiciones de la relación.

Le dijo al poeta que, por fidelidad a sus creencias, a sus hijos y a sí misma «no podía ofrecerle más que una amistad sincera, un afecto limpio y espiritual, y que, de no ser aceptado así, no se volverían a ver».

Machado contestó al instante: «Con tal de verte, lo que sea»...

Y así comienza una relación que duró 8 años hasta que la guerra los separa definitivamente.

Os tengo que decir que la abuela nunca abandonó a sus hijos, tampoco a su marido y mucho menos al gran poeta. Es la guerra la que los separa definitivamente en el 36 y ya no se volverían a ver.

Cuando Pilar, queda huérfana de su padre, al que adoraba, con seis años, y la madre se vuelve a casar con un hombre que no era de su agrado ni sus hijos tampoco, jura que jamás por nada ni por nadie abandonará a sus hijos ni a su marido. Hay que recordar que, en aquella época, si te separabas de tu marido seguramente perdías a tus hijos.

Ella es fiel a sus creencias y a ella misma, cosa que el poeta entiende y lo respeta con todas sus consecuencias.

Como conclusión y a punto de finalizar mi testimonio, les diré que «siempre hay que propiciar las cosas para que sucedan». Esto lo aprendí de ella, que es la que modeló mi inteligencia y mi voluntad, todo dentro de una perfecta armonía, como reinó siempre en mi casa. Elemento altamente contributivo para la felicidad.

«La vida se vive hacia delante, pero se entiende hacia detrás».

Esto se lo oí decir en una ocasión a Iñigo Méndez de Vigo en una conferencia a propósito de Carmen de Icaza, y se me grabó en el alma. Analizando en profundidad todos los elementos del pasado se van colocando poco a poco en un cuadro hasta completar el puzle de la vida, en el que todas las piezas acaban encajando, aunque a veces tengamos que armarnos de paciencia para conseguirlo.

Ahora si acabo mi discurso. Pero antes quiero contarles dos anécdotas más que les resultaran interesantes.

En Argentina, Universidad Nacional de Salta, su libro *El tercer mundo*, editado por Aguilar en 1930, es libro de texto en la Facultad de Letras.

En Bogotá, Colombia, segunda Academia de la Lengua después de la española, la Vicepresidenta, Guiomar Cuesta Escobar, hizo su discurso de entrada, donde ostenta la letra «J» sobre Pilar de Valderrama.

También quiero decirles, y con esto ya me despido, que el próximo 21 de febrero presentaré en el Instituto Cervantes con Luis García Montero, Fernando Valderrama y Carlos Aganzo mi primer libro como autora, *Pilar de Valderrama. Memorias de un gran secreto*, que es una reedición de *Sí, soy Guiomar* con 12 capítulos escritos por mí; que nos darán nuevas claves para seguir investigando en la personalidad y vida de esta gran mujer.

Muchas gracias por su atención; esperando verlos de nuevo a bordo, en este barco que levó anclas hace algún tiempo y que pronto llegará a puerto habiendo cumplido su objetivo principal: situar a Pilar de Valderrama en el lugar que mereció. Siempre contando con todos Vds.

LOS HERMANOS MACHADO Y SEVILLA

Ignacio
F. Garmendia

I

Querría lo primero celebrar que el nombre de Manuel Machado se una al de su querido hermano Antonio en unas jornadas que indagan en la relación del menor de ellos, el poeta que presta el alto nombre de su apócrifo al Aula Juan de Mairena, con las ciudades que habitó a lo largo de su vida, porque sería muy difícil hablar de la vinculación de cualquiera de ellos con Sevilla sin atender al profundo entramado de afectos que los unía y que se remonta, naturalmente, a la infancia compartida en el núcleo familiar, pero también a los valores heredados. En efecto, más allá del «huerto claro donde madura el limonero» o de la «media docena de cañas de manzanilla», por citar dos hermosos y ya proverbiales lugares comunes cuando se habla de la deuda de los hermanos con su ciudad natal, deberemos referirnos a los ascendientes, sin los que no se entienden muchos de los rasgos que caracterizaron no sólo sus poéticas

respectivas, sino también una cosmovisión que aunaba el temperamento liberal, la devoción por la tradición popular y una cierta idea del Mediodía.

Una vez más, conviene dejar de lado la cansina oposición entre los dos hermanos, los reiterados menosprecios de que han sido objeto por boca de los *partidarios* excluyentes, para decirlo en términos taurinos, y volver a insistir en todo lo que los unía. No se me ocurre mejor forma de hacerlo que citando por extenso las nítidas palabras de otro poeta sevillano que los leyó mucho y bien a ambos, Fernando Ortiz, a quien se debe la feliz acuñación con la que tituló una recopilación de ensayos de 1982, *La estirpe de Bécquer*. En uno de ellos, «Reivindicación de Manuel Machado», escrito el año anterior con motivo del centenario del nacimiento de Juan Ramón Jiménez, leemos: «Se habían criado en el seno de la misma familia. Habían cursado —en los primeros y decisivos años de formación— los mismos estudios en idénticos colegios. Y luego, la guerra. Para unos, Manuel, el malo; para otros, Antonio, el bueno. El señorito andaluz y el poeta del pueblo. El azul y el rojo. Así, aquellos dos hermanos que tanto se quisieron y respetaron y escribieron al alimón obras de teatro, nos fueron mostrados como dos maneras opuestas de entender la vida, de entender la poesía, de entender la política. Pero, ¿quiénes forzaron a dos intelectuales de clara ascendencia liberal a los que repugnaba ver el mundo sólo de dos colores —tanto el escéptico poeta de «Adelfos» como el socarrón Juan de Mairena— a elegir entre el rojo y el azul? ¿Quiénes, una vez hecho esto, nos presentaron a los dos hermanos como dos fuerzas antagónicas? Fueron tanto los unos como los otros. Los españoles, o somos compañeros de armas, o nos alineamos en las filas contrarias. Feroz e hispánica manera de entender la vida. Feroz e hispánica manera de no entendernos nunca».

En otro momento, cita el ensayista el ya clásico estudio de Dámaso Alonso, «Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado», de cuyo mismo título ya puede deducirse que la característica levedad del mayor de los hermanos convive en su poética con los tonos hondos que con razón se atribuyen a

Antonio, quien por su parte tampoco carece de aquella. Lo que ocurre, en realidad, es que la tópica identificación del *ethos* sevillano con el temperamento despreocupado y hedonista, en su acepción más roma e inexacta, no se corresponde en absoluto con una diversidad que contiene ambos registros tanto en la fragua de los tipos humanos como en los modos de una tradición poética —la denominada «escuela sevillana»— que puede remontarse con toda propiedad a los Siglos de Oro. Es verdad que de acuerdo con todos los testimonios y con sus propios autorretratos, el carácter alegre y expansivo de Manuel, afín al estereotipo costumbrista, contrastaba con el más sobrio e introspectivo de Antonio, pero si comparamos sus primeros libros, *Alma* (1902) y *Soledades* (1903) respectivamente, vemos que son muchos los referentes comunes —«agua hondísima de un mismo venero», por usar la imagen de Dámaso— y que a menudo entroncan con lo que podríamos llamar el sustrato sevillano.

II

Antes de tratar del linaje, querría mencionar el excelente libro de otro poeta y estudioso sevillano, Enrique Baltanás, *Los Machado. Una familia, dos siglos de cultura española* (2006), porque no suele citarse tanto como otros pese a que su enfoque abarcador —que supera al de Miguel Pérez Ferrero en su aproximación conjunta a los hermanos— aporta mucha luz sobre la continuidad de los referidos valores. Tuve la fortuna de editar ese libro y a él me remito en las notas que siguen. Como bien dice el biógrafo, Antonio Machado y Álvarez fue mucho más que el padre biológico de los poetas, ejerciendo como una especie de mentor o padre espiritual cuyo ejemplo tuvieron siempre presente, la encarnación de un modelo, también en el plano moral, y la vía a través de la que accedieron a un cúmulo de

enseñanzas perdurables. Pero siendo la más obvia e inmediata, no fue la de *Demófilo*, o sea el «amigo del pueblo», la única influencia familiar que recibieron, pues se puede hablar con rigor de una verdadera saga.

Menos conocido hoy que su único hijo, quien por lo demás ha caído también en un olvido injusto, pese a la pulcra edición de su *Obra completa* en tres volúmenes, al cuidado del propio Baltanás, el abuelo paterno de los hermanos, Antonio Machado y Núñez, fue un gran personaje cuya actividad política e intelectual resulta abrumadora, por lo avanzado de sus ideas y la asombrosa variedad de sus intereses. Republicano, alcalde y gobernador civil de Sevilla, perteneció a la Junta Revolucionaria de la ciudad y participó en el levantamiento de la Gloriosa. Médico, naturalista, geólogo y antropólogo, se licenció en Cádiz, su ciudad natal, y después de una estancia parisina se estableció en Sevilla donde fue catedrático, decano y rector de la Hispalense, entre otras muchas dedicaciones. Antes de trasladarse a Madrid en la última etapa de su vida, Machado y Núñez ejerció en la capital andaluza como divulgador de las ideas evolucionistas y defensor de la ciencia positiva frente a las verdades reveladas, desde posiciones progresistas, pero no radicales, aunque ciertamente enfrentadas al inmovilismo conservador de quienes seguían situando a la religión —a la autoridad eclesiástica— en el centro de la vida social, política y académica.

Como señala el biógrafo, la trayectoria de Machado y Álvarez estuvo muy vinculada a la de su padre, con el que no dejó de vivir cuando formó su propia familia. Al contrario que Machado y Núñez, el hijo y en buena medida discípulo, aunque ajeno a la carrera universitaria, proyecta una imagen de ingenuidad y cierto desvalimiento, pero sus ideas, mantenidas con una firmeza despreocupada del medro, van a ser decisivas en la poética de los hermanos, donde se percibe muy claramente el gusto de ambos por el romancero y la poesía popular. «El pueblo, no las Academias, es el verdadero conservante del lenguaje y el verdadero poeta nacional», decía el gran pionero español en los estudios del *Folk-Lore*, calificado con ternura meridional como

«ciencia niña», y a recopilar las dispersas muestras de esa sabiduría ancestral dedicó su vida el buen *Demófilo* —ya se hacía llamar «hombre del pueblo» en sus días de estudiante de Letras y Derecho—, embarcado en una apasionada e incesante pesquisa que se tradujo en decenas de contribuciones específicas y cimas como su *Colección de cantes flamencos*. No era una labor sólo arqueológica, sino reflejo, como explicaría Juan de Mairena, de la «cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender». Baltanás adjetiva su proyecto, a la postre fracasado, de «utópico» y «quijotesco», pero también defiende con razón la vigencia de su figura y desde luego la nobleza de su empeño. Conmueve la tenacidad con la que se entregó, por libre, siempre asediado por la precariedad, a una *causa* de la que no extrajo otro beneficio que el placer derivado de hacer aquello en lo que creía.

Y habría todavía que mencionar a otros personajes no menores de la familia que directa o indirectamente, a través de la memoria familiar, imprimieron también su sello: la abuela Cipriana Álvarez Durán, esposa de Machado y Núñez, a quien llamaban la «mujer de los cuentos», colaboradora de su hijo en la empresa folklorista; el padre de ella, o sea el bisabuelo de los poetas, José Álvarez Guerra, militar y político durante el Trienio Liberal, que firmó un raro tratado, precursor del krausismo, con la rúbrica «un amigo del hombre», o el tío materno de Cipriana, Agustín Durán, erudito, bibliotecario, estudioso del teatro clásico español y autor, entre otras recopilaciones, de un importante *Romancero general*. Todos ellos, como se ve, tenían en común el progresismo y la defensa de la tradición popular, que a partir de un momento dado confluyen con el proyecto de la Institución Libre de Enseñanza, su ideario de la regeneración nacional y su pedagogía laica, aunque las posiciones de *Demófilo*, que pretendía partir «desde abajo», con la mirada puesta en el pueblo llano, no se ajustaban al rígido elitismo institucionista. En Sevilla, es decir en la provincia, o después en Madrid, la familia Machado se presenta cohesionada por lazos —referidos a una herencia moral, estética y espiritual— que van más allá del natural afecto entre parientes y remiten en todos los casos, concluye Baltanás,

a una misma matriz de fondo: el «sostenido impulso ético, o sea, la aspiración moral al bien y la belleza».

III

La misma herencia familiar y una infancia compartida, decíamos, pero conviene tener en cuenta que para Antonio la vivencia directa de la ciudad casi se reduce a esos años inaugurales, mientras que Manuel tuvo con Sevilla una relación más dilatada en el tiempo. Ambos, como se sabe, marcharon a Madrid a la misma temprana edad de ocho y nueve años, respectivamente, para estudiar en las beneméritas aulas de la Institución Libre de Enseñanza, pero el hermano mayor regresó —al parecer forzado por la familia, que no veía con buenos ojos su inclinación por la vida bohemia— para estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Hispalense y vivió por lo tanto una segunda etapa, a edad no menos decisiva. Consta que Antonio, en compañía de su hermano, que ya había vuelto a Madrid después de obtener la licenciatura, visitó la ciudad y los lugares de la infancia, entre ellos «el patio de la casa donde nació», en la primavera de 1898, una estancia reflejada y trascendida en su primer libro, de modo expreso en el poema VII, «El limonero lánguido suspende»:

«...Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
casi de primavera,
tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena,
y de la buena albahaca,
que tenía mi madre en sus macetas...»

Esa casa natal de Antonio, arrendada en el Palacio de Dueñas, que era propiedad de los Alba desde principios del siglo XVII, no fue la de Manuel, quien había nacido en la misma calle de San Pedro Mártir donde lo hiciera, en 1862, el bohemio Alejandro Sawa, con el que los hermanos coincidirían en París y a quien el mayor de ellos le dedicó un inolvidable «Epitafio»: «Jamás hombre más nacido / para el placer, fue al dolor / más derecho. / Jamás ninguno ha caído / con facha de vencedor / tan deshecho...». Hasta cinco residencias sevillanas tuvo la familia Machado, siempre en régimen de alquiler, pero sin duda es el mitificado espacio de Dueñas, gracias a los versos donde Antonio lo evoca como su edén perdido, el que más se asocia al imaginario hispalense. Está al comienzo del famoso «Retrato» de *Campos de Castilla* (1912): «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...» y está en el maravilloso soneto, «Esta luz de Sevilla», de *Nuevas canciones* (1924), donde el poeta recuerda con emocionada devoción a su padre, en el mismo escenario inaugural:

«Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana».

Muy cerca de Dueñas, en la calle del mismo nombre, nacería el gran cronista Manuel Chaves Nogales (1897) y había tenido su estudio un jovencísimo Juan Ramón Jiménez, cuando estudiaba o no estudiaba en Sevilla, en la Casa de los Artistas —o «Limbo» de los Pintores, como lo llamaba el de Moguer— que convocaba además a artesanos, letraheridos, flamencos y bohemios. Esa confluencia de las calles Dueñas, Gerona y Viriato, incluso hoy relativamente resguardada del turismo, merece por derecho propio la calificación de lugar de la memoria literaria. No lejos, en la calle Bustos Tavera, vivían los abuelos y justo al lado, en la iglesia de San Juan de la Palma, se bautizó Antonio y se casó Manuel (1910) con su prima sevillana Eulalia Cáceres. A la vera de la iglesia, muy próxima por lo tanto a la casa, estaba la modesta escuela del «señor Sánchez», probable escenario del «Recuerdo infantil» de *Soledades* —«Una tarde parda y fría...»— que tan bien refleja la «monotonía» de las jornadas escolares.

Las evocaciones de Antonio remiten siempre a una ciudad silenciosa e íntima, ensoñada y como detenida en el recuerdo, presente ya desde su primer libro con todos los rasgos que van a configurar un motivo recurrente, que reaparece incluso en los poemas de la guerra:

«Otra vez el ayer. Tras la persiana
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.

Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡Cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!...»

La continuación del mismo poema, donde toma la voz el ciudadano crítico y comprometido, militante de la República en armas, cambia el tono con brusquedad para denunciar la agresión extranjera, aliada de los *nacionales*, pero es en

Los complementarios, a través del apócrifo Abel Infanzón, tan sevillano como el ortónimo, donde se contraponen la ciudad idealizada, «fuera del mapa y el calendario», con la retratada por el tópico, en un registro irónico que no resulta por ello menos contundente:

«¡Oh maravilla!
Sevilla sin sevillanos,
¡la gran Sevilla!

Dadme mi Sevilla vieja
donde se dormía el tiempo,
en palacios con jardines,
bajo un azul de convento.

Salud, oh sonrisa clara
del sol en el limonero
de mi rincón de Sevilla,
¡oh alegre como un pandero,
luna redonda y beata,
sobre el tapial de mi huerto!

Sevilla y su verde orilla,
sin toreros ni gitanos,
Sevilla sin sevillanos,
¡Oh maravilla!»

Otro paisano apócrifo, el mencionado Juan de Mairena —que «vivía en una gran población andaluza»—, es el transmisor de la entrañable anécdota de la caña de azúcar con su lección de humildad, protagonizada por el niño Antonio y su madre o abuela, y de aquella otra, alegre, luminosa, que narra la ocasión en que unos delfines desorientados remontaron el Guadalquivir —en cuya ribera cazaba Machado y Álvarez, de acuerdo con la

delicada evocación del poema «En el tiempo», incorporado a *Soledades*— hasta llegar a Sevilla, donde se reunió una multitud y los vieron los futuros padres, que se habrían conocido justamente ese día. Ya se ha dicho que las ideas de *Demófilo* están muy presentes en Mairena y lo estuvieron siempre en ambos hijos. De igual modo Sevilla, no tanto la ciudad histórica como los contornos del mito intemporal que construyó Antonio a partir de impresiones quintaesenciadas, acompañaron al poeta hasta las mismas postrimerías, como demuestra el célebre alejandrino, «estos días azules y este sol de la infancia», anotado antes de emprender el último viaje.

De un modo más variado y tangible, la presencia de la ciudad en la obra de Manuel es constante, en referencias directas o a través de los tipos humanos y las coplas que recreó en muchos de sus poemas, especialmente los recogidos en *Cante hondo* (1912). Más allá del libro monográfico que le dedicó, *Sevilla* (1920), apenas hay entrega que no contenga alguna clase de homenaje, a veces extensible al conjunto de la tierra andaluza. El innegable casticismo de Manuel —y también su irregularidad— han pesado a veces a la hora de valorar lo que esta vertiente de su poesía, que convive con distintos registros, tiene de pintoresco, pero es la mezcla de unos y otros —sumada a su dicción, su impronta vitalista, su desprejuiciada alternancia de tonos cultos y populares— lo que hace de él un gran poeta moderno. Al contrario que Antonio, como veíamos, su hermano tuvo un contacto más prolongado con la ciudad, y sin duda la vivencia continuada, a una edad más consciente, le dio un marco más rico de experiencias.

Triana era el barrio natal de la madre, Ana Ruiz Hernández, hija de marinero, que había nacido en la popular calle Betis, entonces llamada de la Orilla del Río. En el antiguo arrabal y guarda seguía viviendo su hermano Rafael, que ejercía de médico y atendió a su cuñado Machado y Álvarez a su regreso de Puerto Rico, poco antes de su muerte. Ese tío fue quien alojó al joven estudiante a su regreso a Sevilla, en una casa situada en la calle Vázquez de Leca, frente a la iglesia de Santa Ana a la que

los trianeros otorgan rango de catedral, no en vano se trata de la más antigua de las que se construyeron en la ciudad después de la entrada de las tropas cristianas de Fernando III el Santo. Es imposible no pensar que su conocimiento directo del barrio, donde estaba la llamada «cava de los gitanos», no influyera en la sensibilidad del poeta. En una de las prosas reunidas en sus *Estampas sevillanas*, cuenta Manuel que la abuela materna, quien como muchos vecinos no había ido a «Sevilla» más que unas pocas veces en su vida, se asombraba de que cruzara el puente todos los días.

IV

Mucho se ha escrito sobre la separación definitiva de los hermanos y la opuesta dirección que tomaron sus caminos después del golpe de Estado y el consiguiente inicio de la Guerra Civil. Se suele decir para disculparlo que fue el azar de encontrarse en Burgos por aquellos días lo que llevó a Manuel a apoyar con entusiasmo a los sublevados, después de alguna vacilación inicial, que fue más bien indiferencia, pero los valiosos estudios de Miguel d'Ors demuestran que no se trató de mero oportunismo y que el poeta de esos años, nunca ajeno a la imaginaria del cristianismo, había experimentado una conversión religiosa. Respecto a la también inequívoca lealtad de Antonio al gobierno legítimo de la República, impresiona el modo en que el «republicano platónico» —en parte desengañado, como tantos otros intelectuales afectos— se obligó a pasar por alto unos *excesos* revolucionarios con los que no congeniaba en absoluto. En realidad, y aunque no falten testimonios de la respectiva adscripción a los dos bandos en liza, en forma de poemas circunstanciales y de prosas o declaraciones escasamente memorables, diría que ambos se vieron superados por los acontecimientos y

que es poco probable que en su fuero interno hubieran renunciado a los valores en los que se habían educado. Ambos eran, en el mejor sentido y no sólo por edad, hombres del tiempo viejo. Quienes habían escuchado hablar desde niños de las virtudes del pueblo no podían simpatizar con las ideologías que exaltaban a las masas.

Es de sobra conocido el modo en que, durante la guerra, la posguerra y después se convirtió a los dos hermanos en símbolos de la fractura, venerados por unos y escarnecidos por otros, pero también hay que decir que muchos meros aficionados a la poesía, no sólo filólogos e integrantes de la comunidad académica, siguieron leyéndolos a ambos al margen de las afinidades ideológicas. En la misma Sevilla, podría aducir el caso de mi propio padre, que no era un hombre especialmente interesado en la política, pero conservó toda la vida una pequeña bandera republicana que le había enviado desde México una familia de parientes exiliados. Seguramente, se trataba de una reliquia sentimental, pero recuerdo bien cómo me contaba de niño la tristísima muerte de don Antonio en el destierro. A la vez, era muy devoto de don Manuel —así los llamaba siempre— y decía haber visto una vez al mayor de los hermanos cuando, siendo muchacho y paseando en compañía del abuelo, este le señaló con reverencia a un anciano medio enlutado, de mirada triste y como ausente. Si no se lo inventaba o no lo había soñado, el encuentro habría tenido lugar durante una de las últimas visitas del poeta a Sevilla. El ejemplar de la vieja *Antología* de Austral que leía tantas veces, ahora en mi biblioteca, era uno de sus libros preferidos. Ni siquiera se trata de la primera edición, pero para mí vale su peso en oro.

V

Citaba al comienzo unas palabras de Fernando Ortiz y quería concluir leyendo un poema suyo, como un modo también de rendir homenaje a su memoria. Pertenece a uno de sus últimos libros, *Posdata*, de 1999, cuyo título tampoco hay que tomárselo al pie de la letra, porque Fernando, desde su primera entrega, se estaba siempre despidiendo. Se titula «Sevilla» y es una preciosa «acuarela» donde me parece ver la sustancia poética de los dos Machado, la levedad y la hondura hermanadas, y también una idea de la ciudad que no tiene nada que ver con las connotaciones superficiales:

«Un patio. En su soledad
se oye de la luz el roce.
Arriba, la claridad;
abajo el íntimo goce.
Albahacas, gitanillas,
plantas y flores sencillas
pintan y aroman la cal.
Una alta torre y un río,
un revuelto caserío.
Y la *Epístola moral*».

MACHADO VUELVE A VILA AMPARO

Antonio
M. Herrera

Es posible que este título haya intrigado, con razón, a alguno de los presentes. A mí me gustaría hablar de A. Machado en sí mismo, desde los numerosos ángulos y perspectivas que su pensamiento y su poesía provocan. Pero esta ponencia afronta algo más desagradable, el silencio impuesto a una parte de su biografía y obra que lleva a la desmemoria colectiva, que rodea como una maldición o un estigma a este gran poeta, a este gran hombre «bueno». Tiene como tema central recuperar y exaltar el periplo humano y literario de Machado en una de sus etapas vitales más interesantes. Como he vivido a menudo la extrañada pregunta de *qué hacía Machado en Rocafort*, permítaseme que trace una breve contextualización.

LLEGADA

Todo el mundo conoce el Machado de Castilla (Soria, Segovia), el de Madrid o de Andalucía (Sevilla, Baeza). Ya menos, el Machado de Collioure, donde fue «de viaje con su familia y donde murió», según rezaban, hasta hace no mucho, algunos libros de texto. Por cuestiones obvias de ideología, poco se sabe de la etapa que se define con el genérico de «valenciana» y que alude a Valencia capital, aunque en la capital solo estuvo unos días, como veremos. Tan eficaz fue el deseo de enterrar su recuerdo que, hasta hace pocos años, gentes del mismo Rocafort preguntaban, con acento a veces desafiante, si realmente el poeta había estado allí...¹

Aunque conocidos por la mayoría de los aquí presentes, demos un rápido repaso a los hechos.

El 24 de noviembre de 1936, ante el asedio a Madrid por las tropas de Franco, el gobierno republicano organiza, a través del V Regimiento, una evacuación de intelectuales y científicos en dirección a Valencia, capital de la República desde principios de noviembre. Entre ellos, está casi toda la familia Machado, menos Manuel y su esposa. Después de un azaroso viaje, la expedición llega a Valencia en la madrugada del 26 de noviembre y es alojada en el hotel Palace, en la calle de La Paz, a la sazón convertido en Casa de Cultura.

El frenesí del recinto, ocupado por lo más florido de la intelectualidad y la ciencia españolas y los numerosos reporteros nacionales y extranjeros, desestabiliza el precario estado físico y anímico del poeta. Su hermano José dice en *Últimas soledades del poeta Antonio Machado* (Santiago de Chile, 1940).

«...estos días fueron de tan difícil acomodación para el poeta que, agravado en sus dolencias y acabado de desarraigar de su vida normal, llegó a estar de una nerviosidad y extenuación realmente alarmante».

Se planteó, pues, buscarle otro acomodo. Se decide el chalet confiscado por el gobierno republicano denominado *Villa Amparo*, en Rocafort, un pueblo a pocos kilómetros de la capital.

No se sabe en qué fecha exacta tuvo lugar esta segunda mudanza. En todas las biografías, suele decirse que en los últimos días de noviembre de 1936. Su hermano José consigna precisamente: *Pernoctamos pocos días en la Casa de Cultura...* Es llamativo el empleo del verbo *pernoctar*, que indica transitoriedad, poca estadía. Y a continuación, añade: *Eran los primeros días del mes de diciembre...* Es posible, pues, que fueran redirigidos a Villa Amparo a primeros de diciembre, pero, hasta el momento, no hay datos fidedignos.

ESTANCIA

Machado llega a Rocafort con 61 años, profundamente afectado por la guerra -*espanto y grima*, dice en uno de sus sonetos- y en un estado físico preocupante, autoconvencido de su vejez, como manifestará, en rápidas confidencias, a algunos amigos. El testimonio que consignó uno de sus múltiples visitantes, el poeta Vicente Gaos, es muy preciso:

«Andaba encorvado y arrastrando los pies. El aliño de su persona era exactamente el «torpe aliño indumentario» con que él mismo se ha descrito. Véase en todo al hombre descuidado de sí mismo. Su cansancio y su agotamiento trascendían en el vacilante pulso con que firmó nuestros libros».

(Recuerdo de A. Machado, *El Español*, 6 de enero de 1945).

Eso hace más sorprendente la intensa labor creadora a la que se entregó durante esos dieciséis meses en que permaneció en Villa Amparo.

Todos los exégetas de su obra reconocen que el poeta se encuentra en el momento más explícito -y también más trágico- de la tercera etapa de su producción literaria, la etapa *del compromiso militante*, en la que, como sostiene José María Valverde, *pasa de espectador, a veces con una mirada taoísta, a actor comprometido*.

En ese precioso libro, *Las ciudades de Machado*, recién editado por la Red de Ciudades Machadianas, Carlos Aganzo ha estado muy acertado al titular este capítulo de la biografía de Antonio con el rótulo de *El poeta y el pueblo*. Efectivamente, en Rocafort, Machado culmina su papel de poeta del pueblo, ese pueblo que, frente al señoritismo inane y rancio, es, para él, lo mejor de la sociedad española.

Todos sabemos que no ha sido una evolución repentina. Por herencia familiar y por su educación en la Institución Libre de Enseñanza, es un poeta de la realidad, la realidad individual y la colectiva, impregnada de una fuerte dosis de viejo republicanismismo liberal (*Fluye en mis venas gotas de sangre jacobina...*). Ya en 1904, a los 29 años, en un artículo publicado en *El País*, Machado había tomado posición frente al «*subjetivismo soñador y romántico*».

«Porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo. Y he añadido: ¿no seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?».

Esto es, sin duda, lo que percibió Gil-Albert, tras una entrevista con el poeta:

«Oír a Machado es escuchar la voz, como ya dijo alguien, «de la ancha y triste España». [...]

Pienso si gran parte de esa unción que provoca en nosotros se deberá a que ya no ha de poderse escribir así, hablar de ese modo llano con tal énfasis poético. No, nadie podrá ya, nunca, expresarse así. Con Machado se cierra una manera de decir que es una manera de vivir, y de morir. No tanto un estilo como una vivencia».

O Rafael Alberti, en *Primera memoria de...*:

«La última vez que vi a Machado fue en Valencia, en aquella casita con jardín, Villa Amparo, a las afueras de Rocafort. [...] Su poesía y su persona habían sido tocadas de aquella ancha herida sin fin que había de llevarle poco después hasta su muerte (Imagen primera de... Turner, 1975)».

El mismo Machado lo ratifica a J.J. Domenchina en una carta sin fecha, probablemente sobre julio de 1937:

«No estoy, no he estado nunca ni estaré jamás «audessus de la melée»², sino dentro de ella, como el más humilde combatiente».

Le precedía ya un venerable prestigio, es verdad, pero la rigurosa coherencia en el pensamiento y la entereza de su actitud frente al golpe de estado franquista acrecentaron, sin duda, esa admiración. Su postura personal forma parte del drama que se vivía en el Madrid de la resistencia, en la lucha encarnizada del frente, en la clara oposición intelectual del II Congreso Internacional de Escritores contra el fascismo.

A pesar de su estado físico y emocional, el retiro en Villa Amparo supuso para Machado, si no la paz, dadas las circunstancias, el ambiente idóneo para entregarse a una producción literaria frenética y acorde al trágico momento que se vivía.

En Villa Amparo -*desde mi parterre*, como dice-, afronta el compromiso de la circunstancia: la defensa de la legalidad y del ideario republicano. Con una dedicación agotadora. *Mi hermano nunca había escrito tanto*, ratifica José, en *Últimas soledades*...

Quizás por esto, el gobierno de la República y la intelectualidad progresista del momento, nacional y extranjera, concentrada en Valencia, convierten a Machado en un símbolo, símbolo de la integridad moral, de la resistencia, totalmente distinta a las defecciones de tantos que rectificaron su postura inicial o mantuvieron una equidistancia dubitante o confusa. El símbolo mítico, el icono de lo que España quería ser, podía ser, y no fue. Y quizás no vuelva a ser jamás...

En una producción tan distinta como abundante, analiza con agudeza, defiende con indomable valentía, transmite con emoción e indignación y se implica, hasta la extenuación, en la defensa del ideal republicano, del progreso hacia la libertad y la modernidad. Machado convirtió el aparente sosiego que le proporcionó su reclusión en Villa Amparo en una creación febril, sobre todo en el ámbito del análisis y la reflexión social, de una *forma penetrante, serenamente estoica y humanista*, según la define acertadamente María Zambrano.

PRODUCCIÓN EN VERSO

Se pueden catalogar, con más o menos acierto, unos 16 poemas, titulados *Poesías de guerra, 1936-37* (Aurora de Albornoz, San Juan de Puerto Rico, 1961), algunos, muy pocos, datados por el autor en el libro *La guerra*, y otros, por los diversos editores y críticos. *En la tarde silenciosa/ y en este jardín de paz*, como dice, entrelaza el anquilosado pasado con la visión del presente,

es decir, la guerra, y con el doloroso augurio sobre el futuro de España y de Europa.

Es el propio poeta quien da una explicación sobre este fenómeno. Un periodista de *Fragua Social* le pregunta si está escribiendo algo *épico* sobre la guerra. Él responde:

«Por ahora, no... Estamos demasiado cerca de ella... Lo grandioso necesita de la pátina del tiempo para poder juzgarlo en todo su valor... Algún soneto de circunstancias, alguna impresión... En estos momentos de angustia en que la verdad se come al arte, no es fácil hacer otra cosa...».

En toda ella, como eje temático, flota el desgarró de la guerra. Ese tono sombrío de fondo acentúa la emotividad de otros temas simultáneos: el recuerdo de Guiomar (*De mar a mar, entre los dos, la guerra; Tengo un olvido, Guiomar*), Castilla en general, pero sobre todo Soria (*El poeta recuerda las tierras de Soria, En los yermos altos/veo unos chopos de frío/ y un camino blanco*), la Sevilla natal (*Otra vez, el ayer... ¡Mi Sevilla infantil, tan sevillana!*); el pueblo que se afirma y resiste (*Y en el ancho llano,/ «me quitarán la ventura/ -dice el viejo hidalgo-,/ me quitarán la ventura,/ no el corazón esforzado»*), la heroica defensa de Madrid (*¡Madrid, Madrid!, ¡qué bien tu nombre suena...*).³

Se trata de una poesía escasa en número, sí, pero que, nacida del impacto emocional de la situación, está dotada de una imponente dimensión trágica. Una poesía que después, por causas obvias, fue más publicada en el extranjero que en España y, consecuentemente, ignorada o soslayada durante décadas.

PRODUCCIÓN EN PROSA

Por el contrario, llama la atención el dominio abrumador de la producción en prosa. Es la exigencia del momento: más que

transmitir emociones, función de la lírica, se trata de analizar los hechos y convencer dentro y fuera. Con toda la precaución que exige este aserto, en la etapa de Villa Amparo, aparece más intensa la personalidad del Machado analista, pensador polémico o divulgador que la de poeta. O podría decirse que su pensamiento es más hondo, más trascendentalmente poético.

Teniendo en cuenta que algunas de esas piezas fueron corregidas o ampliadas en distintas publicaciones, el recuento podría ser de unas 140 colaboraciones, entre ensayos, pensamientos, entrevistas, cartas, discursos, manifiestos, etc.⁴

La paz que gozaba para poder escribir, enviar mensajes a las trincheras, defender la legitimidad y el ideal de la República frente a la traición nacional y el abandono internacional -la famosa *No intervención* que le sacaba de quicio- sabía que se acabaría pronto. Aunque insta a la lucha, a estar alertas, a que los jóvenes intervengan en la política para que la política no se haga contra ellos, *no se hace ilusiones sobre el final de la guerra*, ratifica su hermano José.

Desde Barcelona, le instan, sobre todo Juan José Domenchina, a que abandone Rocafort y se refugie en la ciudad condal, idea a la que se niega, en principio, como ocurrió en Madrid.

Todo se trunca de pronto una tarde de abril de 1938. El testimonio de José es lacónico, pero muy elocuente:

«En esa tarde, recibió un telegrama de Barcelona en el que se le instaba perentoriamente a dejar Rocafort, poniendo a su disposición un coche para que saliese en las primeras horas de la mañana siguiente. [...] Con la urgencia del caso, recogió sus papeles de más interés. Y como no había tiempo para más, tuvieron que quedar allí muchos libros, revistas y periódicos muy interesantes. ¿Qué habrá sido de ellos?».

Nada se sabe de esos papeles.

EL RETORNO DE MACHADO A ROCAFORT

A pesar de las circunstancias, por las cartas a unos y otros, por las alusiones veladas en entrevistas, por los datos que va desgranando en los poemas, Machado se sintió tocado por el halo del Mediterráneo y vivió el descubrimiento con la intensidad que había derrochado en otras residencias anteriores, en otras tierras. El paisaje aparece, siempre con su acostumbrada brillantez y plasticidad impresionista, como una impronta de exaltación vitalista:

«Esto es hermoso, muy hermoso. Esto es como un poco de paraíso... El agua en sus atadores, Ya va subiendo la luna /sobre el naranjal, ¡Hervor de leche y plata, añil y espuma, /y velas blancas en la mar latina!, bola de fuego entre dorada bruma, el puro azul dormido en la fontana, Azotan el limonar las ráfagas de febrero...».

Y aquí se imponen dos preguntas que son la cuestión que nos plateábamos al principio:

¿Ha sido recíproco ese sentimiento de admiración que él sintió?

¿Restablecer el retorno de la imagen de Machado ha sido fácil?

Siendo dolorosamente claros, hay que decir que no.

Hay una copla que parece dirigida, al cabo de ochenta y seis años, al hoy más actual. Es una copla brevísima, expresada con

la esquiva reserva de siempre, que exige una atenta voluntad interpretativa:

«En aquella piedra
—¡tierras de la luna!—,
¿nadie lo recuerda?».

Por el deíctico demostrativo *aquella*, que indica lejanía, es probable que la escribiera ya en Barcelona. No dice *esta*, que denotaría una presencia próxima, sino *aquella*, la de allá. La alusión a *piedra* parece indicar que se refiere al topónimo Rocafort. Para certificarlo más, aparecen los guioncillos entre admiraciones y una frase nominal, -¡*tierras de la luna!*-, aplicable, como un tópico, a la tierra valenciana.

La pregunta final parece uno más de sus frecuentes y extraños vaticinios: ¿*nadie lo recuerda?*

Pregunta que ya se había formulado en el final de un poema anterior titulado *Canción*, uno de los pocos datados por el autor con claridad (Rocafort, mayo de 1937):

«Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
¿estaré contigo,
cuando mirarte no pueda [...]?».

Es la misma pregunta que se hace cuando, desde aquí, recuerda a Soria:

«Di tú, avión marcial, si el alto Duero
a donde vas, recuerda a su poeta,
al revivir su rojo Romancero».

Hay que reconocer con tristeza que la realidad no ha sido el recuerdo. Por el silencio impuesto por el franquismo durante décadas, como hemos dicho, poco se sabía sobre la estancia de Machado en Rocafort. Los pocos datos que había circulaban de boca en boca en un secretismo prudente.

Tras la guerra, la familia Báguena, a quien se le había incautado el chalet en tiempos de la República, recupera la propiedad.

Durante algunos años de posguerra, el edificio fue convertido en guardería infantil, función que seguramente habría complacido mucho al poeta, aunque, repasando los principios pedagógicos de Juan de Mairena, seguramente no habría estado de acuerdo con los métodos empleados en la enseñanza.

En 1979, ya en el periodo de transición hacia la democracia, la asociación cultural *Antonio Machado*, para recordar los cuarenta años de la muerte del poeta, colocó, no sin ciertas reticencias, una placa que dice: *En esta casa vivió el poeta Antonio Machado*.

A continuación, se inicia una etapa de explotación del inmueble, primero, como pub nocturno; después, durante años, como restaurante para bodas y eventos...

La placa inicial quedaba allí, mitad reclamo empresarial de prestigio y mitad como tímido recordatorio de la estancia de tan ilustre personaje, entre buganvillas moradas, precisamente moradas. Muy poca gente sabía por qué y en qué condiciones vitales y políticas había vivido allí el poeta. Sobraba con un gesto de admiración imprecisa: *¿Ah, sí, Antonio Machado estuvo aquí? Caray...*

En 1984, la Generalitat Valenciana editó un precioso volumen que recogía, bellamente ilustrado, casi toda la producción literaria de Machado en su etapa «valenciana», titulado *Valencia a Antonio Machado*.

En realidad, este olvido, por temor, ignorancia, indiferencia o por hostilidad manifiesta, ha configurado el segundo exilio del poeta, o el exilio dentro del exilio, como en otros cientos y miles de casos. Como ocurrió en otras ciudades en las que vivió, aunque estas supieron reaccionar antes. No me resisto a recordar el subtítulo de aquel inestimable libro de Monique Alonso, editado por Anthropos en 1985, *Poeta en el exilio*.

En 2009, para conmemorar el septuagésimo aniversario de la muerte de Machado, un conjunto de asociaciones cívicas decidió cambiar la realidad. Se consiguió implicar a la Diputación, se celebraron actos, recitales, se invitó a una de las sobrinas, hija de Francisco, que vivieron aquí parte de su adolescencia, Leonor Machado. Que hasta el sector más reacio aceptara el reto de la recuperación de la memoria fue un cambio radical.⁵

Posteriormente, hacia 2015, un grupo de ciudadanos con representación de ciertas asociaciones como Republicanos de Rocafort, Asociación de vecinos Antonio Machado, La Pedrera, El grup Esportiu y la Agrupación musical de Rocafort organizaron una semana de actos alrededor del 22 de febrero, en que intervino Monique Alonso, se editó un libreto con poemas de diversos poetas de toda España, titulado *Esta palabra mía*, tomada una vez más del propio poeta, del soneto a Lister, se convocó a la participación de los colegios de la zona y, sobre todo, se erigió una escultura, sufragada por suscripción popular, frente a la fachada de Villa Amparo, inspirada en la viñeta de Ramón Gaya que apareció en el primer número de *Hora de España* (Enero, 1937).

A partir de ese momento, todos los años, cada 22 de febrero, se celebran diversos actos, como recitales de poemas, lecturas de fragmentos de su obra en prosa, etc.

Tras una penosa lucha contra determinadas fuerzas políticas, Rocafort consiguió, en 2017, entrar en la Red de Ciudades Machadianas. Fue una lucha cuyos debates es preferible olvidar por los miserables argumentos exhibidos por la oposición⁶. Este logro llevó a la constitución del Consejo Sectorial Rocafort Ciudad Machadiana, compuesto por las asociaciones citadas anteriormente y cuya presidencia ostenta la alcaldía y la concejalía del Ayuntamiento.

Al año siguiente, Rocafort asume la presidencia de la Red de ciudades machadianas. Se celebran actos, se escriben y difunden folletos, exposiciones y Monique Alonso edita un exhaustivo monográfico titulado *Rocafort, Antonio Machado*.

El 27 de diciembre de 2018, la Generalitat compra el edificio. Este hecho ha sido el espaldarazo definitivo de reconocimiento a una etapa vital de las más fervorosas y entregadas de Machado, del reconocimiento, a través de su figura, de un tiempo negro y, a la vez, heroico que nunca debió existir.

Con fluctuaciones políticas de indiferencia u oposición frontal, que este ponente no quiere recordar tampoco, la presión vecinal y la actitud de ciertos políticos (alguno aquí presente hoy) convencen a sucesivos gobiernos municipales sobre la necesidad de recuperar la memoria del gran poeta y de los beneficios que el lugar, la referencia de Villa Amparo puede reportar al pueblo.

Ante esta realidad que nos llena de esperanza y que espera culminar con la rehabilitación de un edificio tan hermoso, se ha iniciado, con todo tipo de actos y publicaciones, un reconocimiento público del Machado de la guerra, del Machado republicano. Villa Amparo, ahora denominada *Casa de Poetas*, se ha sentido honrada con la visita del expresidente Zapatero, Ian Gibson, García Montero, Gioconda Belli, etc. etc.

Esperamos poder decir, por tanto, que la memoria de Antonio Machado ha vuelto a Rocafort, que se inicia una etapa serena de estudio de su obra menos conocida y, sin embargo, tan profunda y definitoria. Esperamos que no tengamos que luchar más y que podamos responder al poeta que *en esta piedra, tierra de la luna, todo el mundo lo recuerda...*

Ojalá sea así...

1. Pero más indicativo y sorprendente es que algún famoso biógrafo de Machado confunda la terraza de Villa Amparo con la del hotel Quintana, de Collioure; o que se hiciera habitual que, al comentar una de las escasas fotos de Machado aquí, todo el mundo escribiera como pie de foto «Machado con dos periodistas de Fragua Social», cuando uno de los pretendidos periodistas es su hermano José; o que apareciera indefectiblemente como creación de Rocafort la elegía a Lorca (*El crimen fue en Granada*), cuando este poema ya se había publicado el 17 de octubre de 1936, en *Ayuda*, y, a los tres días, en el *Liberal de Murcia*, es decir, más de un mes antes de llegar a Rocafort.

2. Locución francesa, cuyo significado podría traducirse por ‘estar por encima de la realidad’, ‘ver los toros desde la barrera’.

3. Con algunas dudas y analizando principalmente los detalles paisajísticos y acontecimientos en que intervino, podría establecerse este cómputo de poemas:

Tarjetas postales infantiles, 24 de enero de 1937

— *Meditación del día*, Valencia, febrero 1937

— *Amanecer en Valencia (Desde una torre)*, quizás marzo de 1937

— *La primavera (Más fuerte que la guerra...)* tal vez, primavera de 1937

— *Canción (Ya va subiendo la luna...)*, Rocafort, mayo de 1937

— *Voz de España (A los intelectuales de la Rusia soviética)*, España, julio, 1937

— *A otro conde Don Julián*, Rocafort, marzo de 1938

— *Alerta (Himno para las juventudes deportivas y militares)*, Rocafort, (¿marzo?) 1938

Sin ninguna datación posible:

— *La muerte del niño herido*

— *El poeta recuerda las tierras de Soria*

— *De mar a mar, entre los dos, la guerra*

— *Trazó una odiosa mano, España mía,*

— *Otra vez, el ayer...*,

— *Coplas*, algunas, con toda probabilidad, escritas en Rocafort

— *A Méjico*, (En 1937, Machado es nombrado Comisario de la Casa de Méjico).

4. El recuento de colaboraciones en prosa podría ser este:

— Entrevistas concedidas a escritores y personalidades: 29

— Entrevistas a periodistas: 8

— Manifiestos: 12

— Artículos, sobre todo, en *Hora de España* y *La Vanguardia*: 42

— Cartas: 33

— Discursos: 2

— Crónicas periodísticas y reseñas: 5

— Prólogos a obras ajenas: 3

5. Aunque suene personalmente pretencioso, al año siguiente, la Fundación Antonio Machado de Collioure me concedió el premio anual de literatura a un poemario que, según las palabras del prólogo de Carlos Aganzo, *nos da cuenta de su poética penetración en los misterios y soledades de Villa Amparo, la casa valenciana que sirvió de penúltimo refugio a D. Antonio Machado, camino del exilio y de la muerte*. El libro, titulado inicialmente *Entre el vivir y el soñar*, apareció en edición bilingüe castellano-francés, se editó, al poco tiempo, en Tarragona, en castellano-catalán y, finalmente, en la editorial Páramo de Valladolid, solo en castellano, con el título de *Estas rachas de marzo*, copia del comienzo de uno de los sonetos de Machado escritos en Rocafort, *Amanecer en Valencia, desde una torre*. Las presentaciones y coloquios por la geografía española, acompañados de un reportaje del momento y del lugar, colaboraron, sin duda, en la difusión de la imagen de Villa Amparo.

6. He aquí algunos recortes de prensa que se hicieron eco de este logro reivindicativo:

— Ajuntament Rocafort:
Rocafort s'incorpora a la Red de Ciudades Machadianas
<http://rocafort.es/noticias/2090-rocafort-s-incorpora-a-la-red-de-ciudades-machadianas/>

— Valencia Plaza:
<http://www.valenciaplaza.com/ver/152916/rocafort--reconocida-como-una-de-las-ciudades-de-machado.html>

— La Ser:
Entrevista con la alcaldesa:
http://play.cadenaser.com/audio/ser_valencia_hoyporhoylocosporvalencia_20150402_132000_140000/hoy-hoy-locos-valencia-02-04-2015-tramo-de-13-20-14-00/

— La Vanguardia:
<http://www.lavanguardia.com/local/valencia/20150401/54428615126/rocafort-se-incorpora-a-la-red-de-ciudades-machadianas.html>

— Hortanoticias.com:
<http://www.hortanoticias.com/rocafort-se-suma-a-la-red-de-ciudades-machadianas/>

— Diario Sur
<http://www.diariosur.es/agencias/andalucia/201504/01/rocafort-incorpora-ciudades-machadianas-353186.html>

— Las Provincias
<http://www.lasprovincias.es/hortamorvedre/201504/02/rocafort-ciudades-machadianas-20150401235113-v.html>

— El País
http://ccaa.elpais.com/ccaa/2015/04/05/valencia/1428258038_611540.html

— Levante-Emv
<https://www.levante-emv.com/comarcas/2015/04/09/rocafort-aprueba-incorporarse-red-ciudades-12597660.html>

— Amparo Sampedro:
Por derecho propio, aunque les pese
<https://amparosampedro.wordpress.com/>

— Enric Albiach Alfonso:
Rocafort «Ciudad Machadiana», ara sí!
<http://www.levante-emv.com/cartas-director/2015/04/09/rocafort-ciudad-machadiana-ara/1248556.html>

Premios «El periódico de aquí»

El premio de Cultura recae en dos grupos de trabajo encargados de impulsar el arte y la cultura en la comarca. En primer lugar, el Grup de Treball Machado 75 de Rocafort que se creó en 2014 y que han sido los encargados de conmemorar, a través de diversas actividades, el 75 aniversario del poeta Antonio Machado que residió en la localidad en plena Guerra Civil (...)

<http://www.elperiodicodeaqui.com/noticias/El-PeriodicoAquilHorta-Nord-entrega-sus-premios-anales-en-El-Puig/84704>

BAEZA EN DON ANTONIO MACHADO

Manuel
Mateo Pérez

Una ciudad, un nuevo horizonte, aunque sea el más ingrato de los destinos imaginados, acaba en ocasiones revelándose como el episodio, o como uno de los episodios, más importantes de nuestra vida. De todos los destinos que don Antonio Machado hubiera deseado tras su decisión de abandonar Soria tras la muerte de su esposa Leonor Izquierdo es probable que Baeza figurara entre los últimos. Enterrada la esposa hacía apenas tres meses, el poeta debió de marchar a una Andalucía que no acaba de serlo. *Hoy es siempre todavía*, debió de pensar. Porque aquel destino de nombre, recuerdo y memoria antigua acabaría siete años después haciendo del maestro un hombre del todo distinto.

Esto fue lo que sucedió entonces. Don Antonio, en aquel vagón de tercera, bajó La Mancha, cruzó Despeñaperros y se apeó en la estación Baeza Empalme, hoy conocida como Linares-Baeza, donde Andalucía se parte en dos. Un tranvía eléctrico lo sube por el abierto valle del Guadalimar hasta las planicies de

mandado construir muy poco tiempo después de que Fernando III asaltara las puertas de la ciudad en noviembre de 1227. La calle empedrada que sube hasta la plaza de Santa María deja a un lado el seminario de San Felipe Neri, decorado con vítores por los alumnos que residieron en él. La plaza tiene una leve inclinación que exalta y teatraliza la fábrica catedralicia cuyo campanario es como un faro varado en mitad de Jaén, un punto de referencia, un vigía permanente desde donde situarnos en caso de perdernos por mitad de este mar de olivos.

Este paisaje ocre, cenital, de parda piedra caliza, acompañó durante siete largos años los paseos de don Antonio que acostumbraba, terminado de comer, a caminar hasta las afueras de la ciudad, allí donde Baeza se asoma al valle del Guadalquivir. El itinerario era siempre el mismo. El maestro, que tras una breve estancia en el hotel Comercio decidió alquilar casa en la calle Gaspar Becerra con Cardenal Benavides, bajaba pasadas las cuatro de la tarde hasta la plaza del Pópulo y por algunas de las callejas próximas al arco de Villalar y la puerta de Jaén subía hasta Santa María para luego perderse por ese dédalo de calles estrechas, que es como un viaje en el tiempo, antes de salir hasta el paseo que acabaría por lucir su nombre. Una vez allí yo quiero imaginar que el poeta, apoyado en su bastón, de riguroso abrigo oscuro y sombrero de ala, con un consumido cigarrillo entre los dedos, paseaba su vista frente al valle mientras caminaba paseo arriba hasta acabar sentado no muy lejos de donde hoy está la cabeza en bronce que en 1966 el escultor Pablo Serrano fundió en su homenaje.

Permítanme abundar en aquello que el poeta contemplaba desde ese lugar. Aquel paseo de Baeza, abierto en los bordes desde donde la ciudad cae hasta las riberas de un río que no se ve, oculto entre cerros femeninos y retículas de olivar, es uno de los más bellos miradores de Andalucía y de España. No hay un mar que nos espere frente a nosotros, a no ser la trama de olivos que se pliega cuando los cerros se superponen entre sí, como olas en esa lámina de agua inexistente. Uno quiere imaginar a don Antonio recorriendo su mirada desde el oeste, allí donde el

valle acaba abriéndose, hasta el este, donde la vista tropieza con las montañas de Cazorla. En ese mirador abierto, en esos ciento ochenta grados perfectos, la vista se solaza con Jaén a lo lejos, el pueblo tendido de Mancha Real, Jimena arremolinada como un algodón blanco y Jódar oculta entre dos montañas severas que parecen querer aprisionarla. Frente al paseante, con solo buscar el sur perfecto, los ojos tropiezan con Sierra Mágina que como la Comala de Rulfo es una suerte de país distante, un misterio, un interrogante geográfico al que el poeta dedicó encendidos adjetivos y que es color violeta cuando la tarde cae y el cielo traza con precisa caligrafía sus cumbres más altas. Ando convencido de que aquellas primeras tardes el poeta buscó equivalencias entre este valle abierto y el valle cerrado que desde el Espino el Duero traza con San Polo y San Saturio a sus pies.

En cambio, Baeza no es, ni ha sido nunca, como con obstinada insistencia escribió Machado un «pueblo moruno». Eso que desde mediados del pasado siglo los historiadores han llamado orientalismo está ausente de la ciudad jiennense, más adscrita a las ciudades del norte que a la Andalucía tautológica que alfombra con su cal y su geranio los pueblos de un Guadalquivir adulto. Camilo José Cela, que en *Primer viaje andaluz* anduvo por Baeza a la búsqueda de las sombras de Machado, escribió páginas después de irse de allí que «el grácil tacto luminoso y albo y mágico aroma de Andalucía» comienza en Martos. Pero esa ciudad queda al suroeste de aquí y Machado lo sabía.

Frente a esta geografía viva, frente al deslumbrante patrimonio heredado del Renacimiento, Baeza dormía en 1912 un sueño pesado y fatigoso que don Antonio criticó desde sus primeras cartas. Son conocidas las líneas que siete meses después de llegar escribe a don Miguel de Unamuno. La misiva tiene fecha de finales de mayo de 1913 y en ella Machado confiesa: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población». E insiste: «No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales

y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta (...) Una población rural, encanallada por la Iglesia y completamente huera».

De esos días es otra carta que remite a José Ortega y Gasset y donde dice: «Yo empiezo a trabajar con algún provecho. Desde hace poco empiezo a reponerme de mi honda crisis que me hubiera llevado al aniquilamiento espiritual. La muerte de mi mujer me dejó desgarrado y tan abatido que toda mi obra quedó truncada». Y añade: «Como la poesía no puede ser profesión sin degenerar en juglaría, yo empleo las infinitas horas del día en esta población en labores varias».

¿Cuándo dejó Baeza de ser una ciudad para ser un poblachón *moruno* como en otra carta de esas mismas fechas confiesa a Juan Ramón Jiménez? Baeza había sido hasta finales del XVIII una ciudad más importante que buena parte de las capitales de Castilla la Vieja. A su importancia universitaria sumaba una cátedra episcopal que compartía con Jaén, una abultada nómina de rentas agrarias, un listado de aristocráticos títulos que subrayaban su pasado nobiliario y un empuje funcional y administrativo que compartía con la vecina Úbeda. Machado tachó a Baeza de «pobre y señora» y a Úbeda de «reina y gitana». Con aquellos versos hacía ganar a la segunda en importancia y desparpajo, mientras condenaba a la ciudad donde ahora residía a una opacidad que probablemente se había ganado a pulso por esa atávica propensión al conformismo, la desidia y la indolencia que tanta crítica y literatura ha arrastrado, muchas veces de manera injusta, a buena parte de Andalucía.

Machado llega a Baeza en unos años en que la ciudad ha querido arrinconar sus días de gloria. Es la ciudad aletargada, sumida en la somnolencia, en la resignación, anclada en los males que aquejan a España, ejemplo paradigmático, acusará el poeta, de los vicios que padece el país. Pero me cuesta trabajo pensar que había en la España de entonces ciudades con mayor empuje, determinación y osadía. Cuando el poeta dice que Soria es Atenas en comparación con Baeza cae en un injusto

símil fruto de la tristeza que arrastra, de la pena que carga sobre sus hombros, de la mala suerte que ha tenido en su mudanza, él que habría preferido cualquier ciudad más próxima a Madrid, *rompeolas de todas las Españas*, que es la capital donde a lo largo de su vida se sentiría más vinculado.

Durante los dos primeros años en la ciudad jiennense el poeta comprenderá hasta qué punto la soledad cobra sentido en su obra y su presente. Doña Ana Ruiz, su venerable madre, se decide a acompañarlo. Leopoldo Urquía, director del instituto, es un viejo conocido de la familia sevillana. Muchas tardes doña Ana disfruta de meriendas y remembranzas en compañía de sus dos hijas, Francisca y María del Reposo, una joven de la misma edad que Leonor, con quien incluso se le llega a achacar un secreto interés sentimental.

Hoy día el aula de don Antonio sigue luciendo el atrezzo de su lejana estancia. La mesa del profesor, un viejo mapa de España, una fotografía donde se lo ve sentado, en compañía del claustro de profesores, mirando todos ellos a la cámara. El poeta sostiene su bastón, viste traje y corbata oscura y en su cabeza platea una indisimulada alopecia. El aula de don Antonio queda al lado del paraninfo que guarda aún sus estrados de madera y sus terciopelos bordados. En los años de la Transición, cuando se hicieron comunes los homenajes a poetas como Machado y Lorca, por este claustro pasaron los grandes intelectuales de la época. Cuentan que el filósofo José Luis Aranguren venía a menudo al aula y pedía estar a solas en ella con la vaga promesa, quién sabe, de que cobrarán sentido «Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales / estudian. Monotonía / de lluvia tras los cristales».

Soledad y envejecimiento son dos palabras que cobran sentido en aquellos primeros tiempos en Baeza. Don Antonio, que desde joven se había inscrito en la introversión, se sentirá en la ciudad jiennense más solo, silencioso y alejado que nunca. Es aquí donde sus adjetivos más arrastrados, más lacónicos, aquellos que nombran con la fuerza de la precisión las cosas y los sentimientos complejos cobran mayor interés y viveza. Si su

vida y su memoria poética están hechas la mayor parte de las veces de humildad, frío y necesidad no habrá ciudad a lo largo de su itinerario donde estas certezas cobren mayor sentido. El poeta jiennense Rafael Laínez Alcalá era un niño cuando recibió clases de don Antonio. Lo recuerda «lentos los ojos de lejanía, inmóvil». Cuando evoca las clases que recibió del maestro su escritura quiebra en emoción: «Comenzaba la clase de francés. Leíamos algún texto en prosa. Recuerdo uno de Víctor Hugo, que aquel día me tocó leer a mí. Nos corregía la pronunciación. Salía él a la pizarra para aclarar voces y especificar diptongos. Don Antonio leía correctamente el texto con lentitud; repetíamos alguno de nosotros. Había ternura en la clase, ninguno de nosotros armábamos el runrún o el jaleo que se armaba en otras, ni tampoco nos provocaba el miedo que nos producían otros profesores (...). Todavía conservo el papel con las correcciones mínimas que me hizo con su propia pluma...».

Más o menos por aquella época Machado escribió: «Un hombre mal vestido, pobre y desdeñado, puede ser un sabio, un héroe, un santo; el birrete de un doctor puede cubrir el cráneo de un imbécil». Aquellas palabras encierran, sin pretenderlo, otro retrato suyo.

El inquebrantable sentido de la obligación, el acusado deber por el trabajo, lo llevó a aceptar a partir de 1915 el cargo de vicedirector del instituto. Se conoce su compromiso laboral, su puntualidad y benevolencia con los alumnos. En su expediente se dice que solo cuatro veces faltó durante sus siete años de ejercicio docente a las reuniones de claustro. Participó, a pesar de su desafección por esta metodología, de todos los tribunales de exámenes, de todas las comisiones a las que fue convocado, de todos los trámites administrativos a los que estaba obligado por su cargo. Su formación en la Institución Libre de Enseñanza, su adhesión sin grieta alguna a los postulados del malagueño Giner de los Ríos y a su mano derecha Manuel Bartolomé Cossío lo llevó a pensar, como aquellos, que la tarea más urgente de España era llevar a las escuelas rurales a los mejores maestros. Machado fue uno de ellos, pero habría preferido, para

qué negarlo, que ese anhelo hubiera caído en otras vocaciones más capaces y decididas.

Cuando llegaba la primavera, don Antonio no disimulaba frente a sus amigos de tertulia en la rebotica de don Adolfo Almazán las ganas de huir de Baeza y pasar el verano en compañía de los suyos en Madrid. Septiembre, por eso, traía no solo el amargo aliento de un otoño inevitable sino la agria certeza del regreso a la rutina en la ciudad jiennense. En aquella ciudad «entre andaluza y manchega», al año de llegar escribe *Poema de un día. Meditaciones rurales*, que comienza así:

«Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiñeñor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío...»

En octubre de 1913, Ortega y Gasset lo anima a formar parte de la Liga de Educación Política Española. *El Prospecto*, que poco tiempo antes habían firmado personalidades como Manuel Azaña o Fernando de los Ríos, propugna el análisis y el esfuerzo por buscar soluciones reales a los males que atraviesa la España de entonces. Muy al sur de Madrid, desde su altozano de silencio y soledad, Machado se siente por primera vez útil, concernido, apelado por hombres importantes que cuentan con él y que despiertan a su vez un provecho, el compromiso de formar parte de una generación llamada a cambiar los resortes carcomidos de una España inválida y achacosa. No podrá estar un mes después en el homenaje que en Aranjuez se brinda a Azorín, el creador del concepto de Generación del 98. Juan Ramón leerá en aquel acto la carta que su amigo le ha mandado. Pero esa ausencia lo deprime aún más y apuntala el convencimiento de su lejanía frente a aquello que más anhela.

*
* *

Don Antonio, que a los pocos meses de llegar a Baeza, inaugura el cuaderno rojo que titula *Los complementarios*, inaugura sin darse cuenta al principio un nuevo ciclo creador que acabará consagrándolo como uno de los grandes poetas españoles. «La imagen poética no debe estar al servicio de conceptos, de ideas, sino expresar y transmitir la emoción de lo hondamente sentido e intuido», lo llamará él. En sus apuntes se muestra refractario al barroco que engrasa buena parte de la poesía contemporánea. Atrás ha quedado el simbolismo galo, el modernismo rubeniano por más que la memoria del amigo permanezca nítida y leal. A partir de aquí su poesía se hace escueta y directa, precisa y determinada, sobria y concentrada, expresiva, contenida, condensada, proclive a la dulzura verbal y a la adjetivación categórica y afilada. Es una poesía que busca la confesión, la conmoción de quien la lee en voz alta, el asombro frente a la intimidad y, a su vez, el encuentro de aquel que en su soledad se dice así mismo: «Yo también lo he sentido así». Esa suerte de esencialidad, esa depuración máxima, esas pocas palabras que acaban por significar todo han dado la espalda a la circunstancia, la anécdota, la narración y sus adláteres.

Los más eximios exégetas a los que estos días he vuelto detallan en sus ensayos un escondido, casi arcano listado de palabras que en los años de Baeza el poeta caligrafía con insistencia: La tarde y la galería, el recuerdo y el camino, el hastío y la monotonía, el sueño y la noche, la luna y el sendero polvoriento, la tristeza y la tranquilidad, la serenidad perdida, la angustia rota, la muerte y la sombra, el pasado y ella. Machado abraza la poesía material, la poesía que tiene la facultad de la tactilidad y que llega a nuestra cabeza, a nuestro corazón con mayor facilidad y mansedumbre —otra vez el agua limpia— que cualquier otro estilo o colegio generacional contemporáneo a él. Machado y

Juan Ramón, ambos andaluces, ambos lectores de Bécquer, conforman desde dos escuelas a partir de ese momento irreconciliables la columna desde donde elevar la poesía española moderna.

Y será en Baeza donde Machado andamie dos argumentos de los que jamás dimitirá. Su poesía emparenta con su compromiso cívico, con su ética por una España mejor, por una regeneración moral necesitada e improrrogable. Es la poesía activa, es la responsabilidad y el significado de la palabra, el fuego que anida en el verso y que es capaz de conferir vida y voluntad allí donde solo hay abatimiento y extenuación. El segundo argumento es el paisaje que abordaremos líneas abajo.

Antes de que el maestro abrace la prosa, hay versos que fecha en Baeza y que pautan su compromiso social como *El mañana efímero*. Escrito en 1913, el poema se adelanta casi veinte años a los males que aún están por llegar. Es un poema casi profético, que acierta al inicio y que, desgraciadamente, yerra en sus últimos versos. Es cierto cuando escribe:

«La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma quieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta».

Pero no es verdad cuando acaba:

«Más otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea».

La Yedra y de allí a la vieja ciudad encaramada sobre una loma en el centro geográfico exacto de la provincia de Jaén.

Recién llegado, después del duro viaje, el poeta se instala en una habitación del hotel Comercio y tras deshacer su eximio equipaje visita el Instituto de la Santísima Trinidad. En él pregunta a una sirvienta por el director y esta le contestó:

—En la Agonía, señor. El director está en la Agonía.

El poeta, turbado por la noticia, apenas atina a decir:

—¡Cuánto lo siento! Me temo que he llegado en un mal momento...

La sirvienta, al comprender el equívoco, replica con una escondida sonrisa:

—Quiero decir que el director está en el café de la Agonía. De tertulia, como cada tarde.

Esta anécdota podría sumarse a alguno de los contados versos de aliento burlón que, al modo de *Don Guido*, el maestro escribió en vida si no fuera porque anida en ella esa suerte de fatalidad que acompañó siempre al poeta. Se diría que una broma así solo estaba destinada a una personalidad como la suya. Y es probable que él lo enajenara con esa determinación a la fatalidad que siempre cargó sobre sus hombros.

A finales de octubre de 1912 el poeta sufre el dolor de la herida abierta. Vivía en él ese estado del duelo donde todo es nebuloso, equívoco, confuso, donde el padecimiento no acaba de asentarse, donde el corazón hecho añicos está aún muy lejos de mostrar el más leve síntoma de cicatrización. Leonor había fallecido la noche del 1 de agosto, hacía tres meses, una estación, mitad de un verano y mitad de un otoño, donde el poeta urdió quitarse la vida. Solo el miedo a dejar una vez más viuda a su madre doña Ana y el inesperado éxito que tuvo el libro *Campos*

de Castilla, que su esposa no llegó a ver impreso, lo persuadieron a cargar con su propia vida que ahora habría de encarar quinientos cincuenta kilómetros al sur de Soria, allí donde la Andalucía donde él había nacido es aún un presagio, un anhelo o una promesa.

Su hermano Manuel había intentado semanas antes conseguirle un puesto cerca de Madrid. Pide ayuda en una carta a don Francisco Giner de los Ríos, pero el maestro, ético e insobornable, le contesta con un lacónico: «Ni puedo ni debo». El poeta opta entonces a una vacante de Lengua Francesa en el instituto de Baeza que le es concedida el 15 de octubre. Machado escribe a su familia y a sus amistades anunciando su marcha al sur. En su maleta carga con dos trajes oscuros, el libro recién impreso y un estrenado ayer, pesado y sufriente, cuyo luto lucirá durante largos años.

Baeza en 1912 tenía un censo de algo más de quince mil habitantes, el doble de población que Soria. Su demografía apenas cambió en el pasado siglo (en la actualidad, tiene quince mil novecientos vecinos). Hace ciento once años Baeza era una ciudad silenciosa y ausente, que había olvidado, o peor aún, que había dejado de reconocer su pasado que con solo arañar en los legajos de la desmemoria nos evoca los alientos del mejor renacimiento andaluz y la existencia de una universidad que alimentó el alma y el conocimiento de algunas de las mejores cabezas de los siglos XVI y XVII. La universidad que había creado Juan de Ávila como primer rector y por donde anduvieron los místicos Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, acabó por cerrar sus puertas en 1824. Aquel viejo edificio hecho de una iglesia consagrada a Juan el Bautista y un claustro alrededor del cual se disponían las aulas y el paraninfo se convirtió a partir de 1875 en el instituto de la Santísima Trinidad donde Machado asumió su cargo de catedrático de Gramática Francesa.

Aquel emporio del conocimiento abre sus puertas a uno de los lados del palacio de Jabalquinto, cuya fachada gótica resume los más bellos estilemas del siglo XV. Enfrente se halla la iglesia de la Santa Cruz, el único templo tardorrománico en Andalucía,

Habr , para desgracia de todos, más hachas que ideas en ese mañana que se vislumbra desde el poblachón desde donde entonces escribe.

Mediado febrero de 1915 Machado recibe como otro desgarrador el fallecimiento de don Francisco Giner de los Ríos. Lorca aún tardará un año en llegar a Baeza y veinte en escribir el *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*. Pero siempre he creído que aquellos versos elegíacos que el poeta granadino escribió para su amigo eran intercambiables por personas que en realidad se merecían más sus máximas que las de un torero por mucho que pagara las cuentas y los desbarres de la Generación del 27. Con Giner de los Ríos nadie tendría duda de que tardaría mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico de aventura.

La noticia de su fallecimiento entristece aún más a don Antonio que abre sus *Elogios* con uno de sus poemas mayores.

«... Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan:
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
 Yunques, sonad: enmudeced, campanas!».

Hay un mural en bronce en el paseo de don Antonio en Baeza que reproduce estos versos. Y uno quiere creer que ese gesto habría hecho feliz al poeta, porque anida all  el verídico homenaje a una de las personalidades más importantes que ha dado este país a lo largo del siglo XX. Giner de los Ríos, que *soñaba un nuevo florecer de España*, murió comparado con los más eminentes hombres y mujeres que ha dado nuestro país.

Más de un siglo después de su fallecimiento su legado se agiganta. Cuando Machado escribe «¡Yunques, sonad: enmudeced, campanas!» expresa un doble convencimiento: De un lado su adhesión hacia el trabajo noble y bien hecho, el trabajo como la primera y última redención del hombre bueno. Cuando a renglón seguido pide que las campanas dejen de sonar expresa, más allá del correlato poético, su recelo hacia una iglesia castradora, aviesa, malintencionada, que condenará terminada la guerra del 36 las tesis del maestro rondeño por amenazadoras, seculares y progresistas. Ya lo intuye por aquellos años don Antonio: *Una de las dos Españas ha de helarte el corazón.*

En Baeza el maestro se convence de la necesidad de obtener un título universitario. En 1900 había aprobado los exámenes de ingreso, pero no será hasta quince años después cuando decida matricularse como alumno libre en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid. Machado terminará la carrera antes de marchar a Segovia. Entre sus profesores destaca Ortega, al que confía su doctorado, que también obtiene con excelentes calificaciones. La carrera permite al poeta dos cosas: alcanzar el título que lo acercará a Madrid —su mayor anhelo durante toda su vida— y consagrar aquellos años a una disciplina que lo enardece y cuyo significado lo ayuda a profundizar en su obra poética.

El 8 de junio de 1916, terminado el cuarto curso que imparte en Baeza, Machado recibe la visita de un viejo camarada. El profesor salmantino Martín Domínguez Berrueta, al más puro estilo de la Institución Libre de Enseñanza, llega a Baeza en compañía de sus alumnos de Teoría de la Literatura y de las Artes, matriculados en la Universidad de Granada. Entre ellos destaca un joven de dieciocho años llamado Federico que ya entonces sobresale por su habilidad como pianista, un encanto abrasador y una cabeza llena de ensoñaciones y bulánicos. El encuentro entre ambos determina el acercamiento del joven a la poesía. En ese primer encuentro Federico interpreta piezas en el piano del casino y don Antonio recita versos suyos y de Rubén Darío. Un año después, en mayo de 1917, Martín Domínguez

Berrueta regresa a Baeza y Federico es ya un joven con un puñado de versos dentro. Esa tarde don Antonio lee fragmentos de *La tierra de Alvargonzález* y Lorca interpreta al piano *La danza de la vida breve* de Manuel de Falla. Al año siguiente, en 1918, Federico recordará el encuentro con el maestro en *Impresiones y paisajes*, versos que dedica a María del Reposo, la hija de don Leopoldo Urquía, director del instituto baezano, y probable amor secreto de don Antonio aquellos años.

Machado sigue la carrera de Federico y celebra sus éxitos. La amistad se afianza, las dedicatorias se multiplican. Cuando el 18 de agosto del 36 conoce la noticia de su asesinato en el barranco de Víznar a manos de la escoria franquista Machado edifica otra elegía que, si bien es cierto no tiene la abisal profundidad de aquella que había escrito a Giner de los Ríos, sí posee el desgarramiento inédito de las palabras salpicadas por la sangre de un poeta.

«...Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada! —, en su Granada».

1917 es un año fundamental en la obra de Machado. Publica en Calleja, al cuidado de Juan Ramón, *Páginas escogidas*, donde se desprende de todo modernismo que en el pasado ha impregnado sus versos. El maestro, a finales de abril, lo expresa de este modo en las últimas líneas de su prólogo: «Pero creo haber contribuido, y a la par de otros poetas de mi promoción, a la poda de ramas superfluas en el árbol de la lírica española, y haber trabajado con sincero amor para futuras y más robustas primaveras». Meses después, la Residencia de Estudiantes publica sus *Poesías completas*, terminadas de imprimir el 11 de julio, donde además del elegíaco ciclo de Leonor engrosa *Proverbios y cantares* con versos hasta entonces no incluidos en libro alguno, unos en especial reconocidos por todos:

«Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar».

Declinado el culto del yo, Machado vuelve al padre en este nuevo ciclo donde el interés folclórico cobra cuerpo en su poesía. Demófilo —*la alta frente, la breve mosca y el bigote lacio*— está detrás de esa enmienda a sumar la voz del pueblo a su voz. Es ya el poeta del silencio y la resignación, el poeta envejecido que también rebusca en el cajón de su memoria perdida los ecos de una infancia lejana y huidiza. *Parábolas* abre con un poema cuyos dos primeros versos son:

«Era un niño que soñaba
un caballo de cartón».

Y esos dos versos evocan, de modo irremediable, la imagen, la figura que se repite en muchas poesías de la segunda mitad del siglo pasado, como por ejemplo en la *Autobiografía* de Luis Rosales que termina así:

«así he vivido yo con una vaga prudencia
de caballo de cartón en el baño, sabiendo
que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería».

*
* *

Decía unos párrafos arriba que el compromiso cívico y social había cimentado uno de los dos argumentos que el poeta asienta en Baeza. El segundo descubrimiento es el paisaje, aquello que lo rodea, lo que contempla e inscribe sin dudarlos en los versos que a partir de ahora se hacen táctiles, sensoriales y gustativos. El monte, el cerro, el olivo y la lechuga no son circunstancias ni narrativas paralelas. Con Machado el paisaje se hace verbo. Durante su estancia en la ciudad jiennense, además de los paseos por el camino que acabará llevando su nombre, el alcor frente al valle que modula la naturaleza más vivaz de la alta Andalucía, el poeta en compañía de amigos y alumnos viaja por los alrededores de la ciudad que habita. «Guadalquivir como un alfanje roto / y disperso, reluce y espejea».

El paisaje venía en la maleta cerrada en Soria, pero es en Baeza donde cobra todo su significado por mucho que, una vez más, se sienta ajeno, casi desterrado en la ciudad donde ahora reside: «En estos campos de la tierra mía, / y extranjero en los campos de mi tierra».

Allá por 1914 Machado se arma de valor para trepar el Aznaitín, el monte violáceo que cada tarde contempla desde su paseo:

«Sol en los montes de Baza.
Mágina y su nube negra.
En el Aznaitín afila
su cuchillo la tormenta».

El paseo, la caminata, el andar y el reflexionar lento se incorpora a su obra cuando escribe:

«Sobre el olivar,
se vio la lechuga
volar y volar.
Campo, campo, campo.

entre los olivos,
los cortijos blancos.
Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza».

En la primavera de 1915 Machado viaja hasta Cazorla y dos años después trepa hasta Tíscar para llegar hasta las fuentes del Guadalquivir. Una vez más el paisaje como consuelo, otra vez el sonido mineral del agua, el asombro por el horizonte y los olores, el camino como la epifanía de la vida y el descubrimiento, el trabajo, el esfuerzo y su consiguiente recompensa; la vuelta, el regreso cuando ya la tarde cae y los colores subrayan la expresividad de la poesía: «En el cárdeno cielo violeta / alguna clara estrella fulguraba».

*
* *

En Baeza Antonio Machado obtuvo la serenidad que el poeta necesita para hallar por fin su voz. La ciudad silenciosa, alejada y sola fue mimesis del corazón que el maestro trajo de Soria. Es cierto que él, inscrito desde joven en la introversión, se sentirá en Baeza más solo que nunca, dando sentido a ese oculto designio que lo persiguió hasta su muerte en Collioure.

Ya en tierras de Jaén dejó dicho que tuvo patria allí donde corre el Duero. Baeza, en cambio, debió de conformarse con un verso menor. Sus ansias por escapar de aquí son irreprimibles a partir de 1917, cuando recibe los cálidos ecos que reportan *Páginas escogidas y Poesía completa*.

Pero Baeza le había dado la entereza con la que terminó su carrera de Filosofía y Letras, los paseos donde halló los adjetivos precisos con los que edificar su obra cívica y social, los verbos

que conjugan con el paisaje que mejor que ningún otro autor de su generación incorporó a la lírica moderna. Aquí redescubre la esencia andaluza que incorpora a su obra; nuevas fórmulas, composiciones y metros, una concepción estética que busca la esencia de lo español y que obsesionará a la intelectualidad de su época.

Lo diré de otra manera. Don Antonio, que a pesar de su amarga biografía tuvo la fortuna de residir siempre en ciudades de acusada personalidad, fue menos generoso con Baeza de lo que Baeza lo fue con él.

A veces los santos escriben con renglones torcidos y no es del todo cierto que la hagiografía sea un camino de perfección sin mácula. El amor, como todos sabemos, es un asunto complicado e injusto cuando tratamos de baremarlo y medirlo. Sus deudas, de haberlas, rara vez se saldan. Nadie, en realidad, está obligado a querer aquello que no siente.

Aquel hombre bueno, aquel santo sin iglesia, aquel ciudadano recto y honrado marchó a Segovia y, por su cercanía, a este anhelado rompeolas de todas las Españas que es Madrid. Mientras la ciudad donde germinó el timbre de su brillantez hubo de conformarse con unos *apuntes* que decían:

«¡Campo de Baeza, soñaré contigo cuando no te vea!»!

Es todo. Gracias por su amabilidad.

NUESTRAS VIDAS SON LAS CIUDADES RADIOGRAFÍA VIAJERA DE ANTONIO MACHADO

Carlos
Aganzo

«Yo, para todo viaje
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—,
voy ligero de equipaje».

Cuando pensamos en don Antonio pensamos inevitablemente en los trenes, en las maletas, en los caminos... También en su gabán, en su torpe aliño indumentario desparramado por la mesa de un café, en sus aires de profesor distraído, de sabio circunspecto deambulando por las calles de una ciudad que es su ciudad, pero no es su ciudad. Aunque la lleve dentro del alma. Sevilla, donde nació a las voces y al color. Madrid, donde vivió sus luces de bohemia y alcanzó el cenit de su gloria como poeta, pensador y dramaturgo. París, donde vivió por un instante el vuelo de la gran cultura europea. Soria, donde se hizo hombre,

además de poeta. Baeza, donde se convirtió en filósofo. Segovia, donde se entregó al compromiso que marcaría el rumbo hasta el final de sus días. Rocafort, su último refugio en medio de los desastres de la guerra. Barcelona, el final de un sueño convertido en pesadilla. Collioure, la última estación de su martirologio, antes de convertirse en un santo laico, en el símbolo del exilio español. De todos los exilios...

¿Hasta qué punto Machado sería Machado -su vida, su obra, su paradigma- sin el marco, sin la complicidad, sin la influencia de las ciudades que habitó por más o menos tiempo? ¿Hasta qué punto fueron determinantes en él las calles, los espacios, las personas, la vida pública o secreta de cada uno de estos nueve enclaves vitales que el poeta vivió golpe a golpe y verso a verso? Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, dijo Manrique, poeta venerado por Machado hasta el punto de que eligió para su segundo y secreto amor el nombre de su esposa, Guiomar. Pero nuestras vidas son también las calles, los caminos, las estancias, los bancos y los jardines de las ciudades que nos vieron caminar, amar, reír, llorar, conversar con los amigos, triunfar o fracasar estrepitosamente. O huir perseguidos por la muerte. En el caso de Machado, todas ellas dejaron huella en su piel y en su escritura. Y también en todas ellas quedó para siempre el poso, el sedimento machadiano. Placas, bustos, aulas, calles, documentos... rincones que quedaron poblados con su voz. Una voz siempre de paso, a veces en huida, incluso en desbandada, pero sin lugar a dudas una voz singular, vibrante y profunda. Plenamente reconocible. La voz de un hombre cuyo retrato poético y humano solo se concibe en tránsito.

SEVILLA

Toda poesía es biografía. Y ni la poesía ni la biografía de Machado pueden entenderse sin la hondura de su propio ser sevillano. La cuna de Al-Mutámid y del divino Fernando de Herrera, pero sobre todo de Gustavo Adolfo Bécquer, que

inauguró en España la poesía moderna, le dio a Machado el nacimiento en un espacio mítico, el palacio de las Dueñas, en una infancia de días azules y soleados y aroma de limonero que le siguieron y persiguieron hasta su último destino, de nuevo cerca del mar, en Collioure. Patio y huerto, Sevilla, para un poeta que nunca fue ni tan gitano ni tan parisién como presumía de ser su hermano Manuel. Pero que percibió los mismos colores que él en las calles de la capital andaluza, o en los cuadros del Museo de Bellas Artes, donde les llevaba su abuela Cipriana. Y sobre todo que escuchó la misma lengua melódica, musical, arrebatadora, en esas canciones populares a las que su padre, Antonio Machado Álvarez, Demófilo, dedicó la mejor parte de su vida. Siempre he sido de la opinión de que el verso del *Retrato machadiano*, donde dice «converso con el hombre que siempre va conmigo» y que habla de «ese buen amigo» que le enseñó «el secreto de la filantropía», no hace referencia a otro que a su padre, el introductor del folclore en España, el hombre que tal vez no supo encauzar su rumbo, ni el de su familia, según los cánones estrictos de la paternidad, pero que sin embargo dejó en Antonio y en Manuel, en toda la familia, una huella absolutamente extraordinaria. Si hay dos Sevillas, una senequista y seria y la otra colorista y folclórica, seguramente Antonio Machado perteneció en toda su profundidad a la primera, lo mismo que sin duda perteneció también su abuelo, Antonio Machado Núñez, un indomeñable krausista liberal que fue alcalde y rector de la Universidad de Sevilla, y no de sus hijos más egregios.

Huelga decir que Sevilla fue cuna y casi fue mortaja con el poeta al lado de su madre, la trianera Ana Ruiz. Junto con su hermano Manuel, la persona con la que tuvo el vínculo mayor de su existencia. Para ella, el último viaje junto a su hijo más querido tenía como destino el regreso a Sevilla, a Triana, a ese barrio donde su esposo exhaló su último aliento, donde su madre, la confitera, presumía de no haber tenido que salir nunca para cruzar el puente, camino de la metrópoli.

MADRID

Si, como dice Rilke, la patria de un escritor es su infancia, Machado fue un escritor sevillano y madrileño. Pero si, como dice Ayala, la patria de un escritor es su lengua, de Machado se tiene que decir sin duda que fue un escritor madrileño. En Madrid, al lado de sus profesores de la Institución Libre de Enseñanza, en su deambular juvenil por el barrio de San Bernardo o en sus primeras tertulias y encuentros bohemios de café se fue forjando su decir. Sus soledades y sus galerías, siendo un poeta adolescente. Pero también su dominio absoluto del idioma, en los días de éxito como autor teatral, como filósofo y pensador regeneracionista, como intelectual de referencia en el Madrid de la República.

Aunque la vida se empeñara en llevárselo a Soria, a Baeza o a Segovia, más tarde a Valencia y Barcelona camino del desastre, Antonio Machado siempre tuvo en Madrid su lugar de referencia. El espacio familiar. Desaparecidos su padre y sus abuelos, Madrid fue el lugar al que regresar cada vez, desde el destino en el que le tocara vivir, al lado de su madre y de sus hermanos. Al final de su viaje de novios. En las vacaciones de verano. En los largos fines de semana donde perdía el tren, tantas veces a sabiendas, camino de Segovia... Cada vez que tenía oportunidad.

A Madrid llegaron nueve y la criada (los dos abuelos, los dos padres, los cuatro hermanos y el tío José, más la chica de servicio) por la estación de Mediodía, hoy de Atocha, después de 15 horas de viaje desde Sevilla. Llegaban, por iniciativa del abuelo, para que los niños tuvieran la mejor educación del mundo: el método krausista de su amigo Giner de los Ríos, en la Institución Libre de Enseñanza. Un sistema que ponía en primer término la formación ética y humanística, y detrás la académica. El camino para llegar a ser «en el buen sentido de la palabra bueno», el objetivo más digno en el que podía pensar un alto intelectual liberal de su tiempo.

El abuelo, Machado Núñez, terminó donde él quería, enterrado muy cerca de Giner en el cementerio civil de Madrid. Y los nietos, con Manuel y Antonio a la cabeza, gozaron del privilegio de formarse con maestros como Manuel Bartolomé Cossío, Joaquín Costa o Ricardo Rubio. O el propio Giner. En sus instalaciones provisionales, primero. En su sede oficial del paseo del Obelisco, después. Lecciones de bonhomía, y paseos científicos por el Guadarrama, la corona de nieve de Madrid, la sierra ilustrada en la que se forjó lo mejor de la intelectualidad española de aquel tiempo. Una experiencia que le marcó para siempre pero que, en el plazo corto, propició que el niño Antonio sufriera un verdadero encontronazo con la educación oficial de su tiempo, cuando salió de la ILE para incorporarse al instituto de San Isidro. Auténtica «aversión a lo académico», que le llevó a elegir el deambular solitario por las calles de Malasaña, entonces en plena movida de obreros y estudiantes, antes que a acudir a las aulas del Caserón de San Bernardo.

Madrileño y pobre, de casa en casa buscando un alquiler cada vez más económico por la calle de Fuencarral, el joven de 17 años perdió a su padre, Demófilo, que en lugar de traerse de las Américas el sustento para su familia se trajo la enfermedad y la ruina. Y enseguida a su abuelo, con 21. Así retrató el cuadro familiar Juan Ramón en su libro *El Modernismo*, crónica de la bohemia y de la poesía de altos vuelos seguidora de la música de Rubén: «Abuela queda viuda y regala casa. Madre inútil. Todos viven pequeña renta abuela. Casa desmantelada. Familia empeña muebles. No trabajan ya hombres. Casa de la picaresca». No se puede ser más gráfico.

PARÍS

Cansado de ser madrileño, pero sobre todo de ser pobre, y siempre bajo la mano y el influjo de su hermano Manuel, durante un tiempo Antonio Machado pensó también en ser parisino. O parisién, como se decía entonces. Fracasaron todos sus

intentos por serlo, pero ninguno de sus viajes a la capital francesa fue una experiencia superficial. Ni mucho menos.

De su primera estancia, entre 1899 y 1900, con 24 años, se trajo a España el contacto con los simbolistas franceses, y el olor a pólvora de las barricadas de la casi guerra civil provocada por el caso Dreyfus. La lucha heroica del pueblo francés para defender su democracia. Y también la llave de lo que sería su próximo *gagne-pain*: el sobresaliente en francés que supondría, después de dieciséis años de intentarlo, la llave para aprobar el bachillerato.

De la segunda, cinco meses de 1902, de la que hubo de regresar precipitadamente para traerse a España a su hermano Joaquín, al que Manuel y él encontraron en París «enfermo, solitario y pobre», se vino con un aire definitivo de poeta. Entre uno y otro viaje a París publicó sus primeros poemas en la revista *Electra*, que coordinaba su hermano Manuel. Y al regreso del segundo, de nuevo entre las luces de bohemia del Madrid de Valle-Inclán, publicó en el cuchitril del librero Pueyo sus *Soledades*. Cerca de Verlaine, al hilo de Ronsard y de los simbolistas franceses, quizás, pero sobre todo del nicaragüense parisién Rubén Darío.

En su tercera experiencia parisina, Antonio Machado ya era poeta publicado. Y estudioso de la gran cultura europea de su tiempo por medio de una beca de la Junta de Ampliación de Estudios. En 1911, un joven profesor de francés de 35 años, afinado en Soria, que viajaba con su niña esposa de 16 para conocer de primera mano lo que contaban, en el Colegio de Francia de la Sorbona, Bédier, Lefranc, Meillet y Bergson. Y para compartir días de vino y rosas con Rubén y Francisca, la princesa Paca, antes de que la muerte se fijara en Leonor y les condenara un largo calvario por el inframundo de la beneficencia para inmigrantes del París de las luces y las sombras. Misterioso y silencioso, dijo de él Darío. De mirada tan profunda «que apenas se podía ver». Una mirada de rencor que ni siquiera los buenos franceses que le socorrieron en sus últimos días de Collioure consiguieron borrar del todo desde aquel instante trágico.

SORIA

Qué distinto el alto dolor de París, junto a la cama hospitalaria de Leonor, del alto amor primero del poeta cuando, cuatro años antes, había llegado a Soria. Si el corazón de uno está «donde ha nacido, no a la vida, al amor», como dice el propio poeta, entonces sin duda Antonio Machado es un escritor soriano. Si todas las ciudades fueron importantes en su peripecia vital, ésta de junto al Duero lo fue por dos motivos principales. En ella se hizo hombre: amante, esposo y cabeza de su propia familia. Y en ella se hizo también poeta consagrado: el signo poético de esa Generación del 98 que hizo del paisaje de Castilla el signo mayor de la decadencia española tras la pérdida de las colonias.

No fue ciertamente Machado «ni un seductor Mañara ni un Bradomín». Pero a sus 34 años, cuando se casó con Leonor, que acababa de cumplir la edad reglamentaria de los 15, recibió la flecha que le asignó cupido y supo amar cuanto su enamorada tenía de hospitalario.

«Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera».

Lo mismo daba que le llamaran hereje y masón a la salida de la misa de Santo Domingo, o que se montara la marimorena al terminar su boda, a las puertas de la iglesia de Santa María la Mayor. En Soria escribió Machado algunos de sus poemas más conocidos y representativos de aquella época, incluido el largo canto de *La tierra de Alvargonzález*. Aunque ella no lo llegó a tener entre sus manos, el mismo año de 1912 en que murió Leonor se publicó *Campos de Castilla*. Junto a la iglesia del Espino, cerca del cementerio donde nunca faltan flores en la

tumba de Leonor, el viejo olmo seco rememora uno de los poemas más hermosos y más terribles que se hayan escrito nunca. Ese que termina «Mi corazón espera / también, hacia la luz y hacia la vida / ese milagro de la primavera».

No hubo otro milagro que la capacidad que a veces tiene el dolor de convertir en amor universal el corazón de los grandes poetas. Los grises alcores, las cárdenas roquedas, las curvas del Duero... ese modo de ser el paisaje la más pura esencia de los hombres que los contemplan, hacen de la experiencia soriana de Machado una de las más vibrantes, intensas y al mismo tiempo terribles de su vida. El espíritu de la reciedumbre castellana en el blando sentir del poeta sevillano. La forja de una de las grandes referencias poéticas de la gran literatura española.

BAEZA

A solas con su sombra y con su pena. A Baeza quizás nunca se le ha dado la importancia que realmente tiene en la vida de Machado. Destrozado por la pérdida de Leonor, vigilado de cerca por su familia (su madre pasó allí con él largas temporadas), el poeta aprovechó su estancia en este poblachón castellano en medio de Andalucía para terminar la carrera (doctor en Filosofía con sobresaliente en Metafísica, por libre en la Universidad Central de Madrid); para volver a escuchar, en el oído de sus padres, ese viejo acento andaluz que animaría sus nuevas canciones, y para empezar a convertirse en el sabio, en el pensador profundo que enseguida se desdoblaría en sus heterónimos Abel Martín y Juan de Mairena. Un autor en tránsito entre la generación del 98 y la del 14, liderada por su amigo Ortega y Gasset. Un colaborador de las revistas y periódicos de Madrid que escribe: «Tengo un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo». Y, además: «El problema nacional me parece irresoluble por falta de virilidad espiritual;

pero creo que se debe luchar por el porvenir y crear una fe que no tenemos (...) Ésta no es una cuestión de cultura —se puede ser muy culto y respetar lo ficticio y lo inmoral— sino de conciencia. La conciencia es anterior al alfabeto y al pan».

Baeza, a un tiro de piedra de Úbeda, donde pervive la huella de San Juan de la Cruz, que después se haría aún más intensa en Segovia. Donde compartió a Rubén Darío con Federico García Lorca, un joven músico que empezaba a ser captado definitivamente por la poesía. Donde se asomaba con su madre, en el balcón en el que hoy se asoma su busto, esculpido por Pablo Serrano, a ese Guadalquivir niño que los dos soñaban que los llevaba con su corriente hasta Sevilla...

Y el joven profesor de francés, que en Baeza casi se transforma en viejo profesor, marcado por la sombra de la pérdida, en horas de clase que se recuerdan, tal vez con más tedio que en ningún otro lugar, en esa aula congelada en el tiempo del partido renacentista de la antigua Universidad. Monotonía de lluvia tras los cristales y herida que cauteriza lentamente.

SEGOVIA

Hay un Machado soriano y hay un Machado baezano. Pero indiscutiblemente hay también un Machado segoviano, por más que su tiempo en Segovia lo compartiera, tren arriba tren abajo, cruzando el Guadarrama cada fin de semana, con Madrid. Con su Madrid. Un Machado segoviano que de nuevo nace al amor, con su pasión, que le acompañaría hasta el fin de sus días, por Guiomar, la musa, la poeta Pilar de Valderrama. Un Machado que se convierte, al lado de su hermano Manuel, en una referencia del teatro y de la vida de candilejas de una España que cumple los últimos días del reinado de Alfonso XIII con la agitación extraordinaria de la dictadura de Primo de Rivera. Un Machado, al fin, definitivamente comprometido con la causa de la República: la que le inculcaron su padre y su abuelo; la

que marcará de manera decisiva el último tramo de su peripecia vital... No parecen poco importantes estos años segovianos, que transcurren entre noviembre de 1919 y marzo de 1932.

A su compromiso ético, cívico, pedagógico y, finalmente, político, contribuyó no poco su vínculo con la tertulia de «los buenos segovianos» de aquel tiempo. La de San Gregorio, que se celebraba en el taller del ceramista Fernando Arranz. Un parnaso castellano en el que paisanos de pura cepa compartían ingenio y novedades con ilustres forasteros como el profesor Machado, como don José Tudela o como Blas Zambrano, el padre de la que después sería la poeta y pensadora más importante del siglo XX español. De la tertulia, al sueño de la Universidad Popular, dedicada a «promover la difusión de la cultura, ayudar al pueblo segoviano, alumbrarle nuevos caminos, elevarle espiritual y culturalmente mediante clases, cursos nocturnos para los trabajadores, conferencias, biblioteca, excursiones, publicaciones, exposiciones de arte, veladas literarias». Casi nada. Y de la Universidad a los grandes encuentros en ciudad del acueducto, como el de Unamuno, que desbordó por completo el aforo del Teatro Juan Bravo, o el mitin republicano de Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, convocados por don Antonio, que hizo lo propio y supuso un verdadero acontecimiento.

En 1928, cuando Machado ya había sido elegido miembro de la Real Academia Española (en la que no entró porque no acabó de redactar su discurso de ingreso), y cuando ya había firmado el proyecto de la Alianza Republicana de Manuel Azaña y Alejandro Lerroux, llegó a Segovia Pilar de Valderrama, y mandó a un botones del Gran Hotel Comercio a buscar al poeta a su pensión de la cuesta de los Desamparados. Ella escribió después en sus memorias que en su primer encuentro le encontró «desgarbado y poco atractivo». Pero algún efecto debió obrar el paseo nocturno de los dos hasta la atalaya del Alcázar segoviano, porque su relación duró ocho años. Hasta que la guerra los separó. Los últimos años aquí de Antonio Machado son de mucho perder el tren del regreso de los lunes, de mucho celebrar en Segovia los éxitos culturales y teatrales de Don Antonio en la

capital del reino, y de mucho compromiso con la causa republicana. La que le devolvería de nuevo a Madrid, con nuevo cargo, después de izar él mismo la bandera tricolor en el balcón del Ayuntamiento de la ciudad.

Memoria de todo aquello, queda todavía en la ciudad el aula en la que impartió clases, en el entonces Instituto General y Técnico que hoy lleva el nombre de su amigo Mariano Quintanilla, después de tomar posesión de sus cátedras de Francés y de Lengua y Literatura «quieta y pacíficamente», como reza el acta. Pero queda sobre todo su habitación, la pensión entera que fue casa de huéspedes de doña Luisa Torrego, hoy perteneciente a la Academia de San Quirce, heredera de la Universidad Popular: seguramente el más auténtico, el más estremecedor de cuantos monumentos machadianos hay en España.

ÚLTIMOS AÑOS EN MADRID

Qué distinto, de nuevo, es el Antonio Machado que partió de Madrid con 32 años, camino de Soria, del que regresó a su ciudad, a medias con Segovia, a los 44. Y del que pasará sus últimos días en su casa familiar con su madre, su hermano José, su cuñada Matea y sus tres sobrinas, y muy cerca siempre de su querido hermano Manuel, en el Madrid de la República, hasta pasar los 61. Cuando el primer gobierno republicano le concede en marzo de 1932, a petición del secretario de las Misiones Pedagógicas, residencia en Madrid para organizar el «teatro popular», Machado ya es una auténtica celebridad. No solo por los éxitos, una tras otra, de las obras que escribe al alimón con Manuel. Sino también por su propia fama como poeta e intelectual.

Los cuatro años y medio que Machado vive de nuevo en Madrid, los gasta entre el teatro, los artículos, los cafés y la vida cultural y su trabajo como catedrático de instituto: primero en

el Calderón de la Barca y luego, tras casi tres decenios de carrera docente, en el Cervantes, en el que coincide en el claustro con María Zambrano y Daniel Vázquez Díaz. Y en sus encuentros clandestinos con Pilar de Valderrama, a quien dedica sus *Canciones a Guiomar*, que se prolongaron hasta 1935, cuando dejaron de verse y comenzaron a comunicarse únicamente por carta.

En su casa familiar del número 4 de la calle General Arrando estaba cuando le vinieron a buscar, para sacarlo de Madrid, Rafael Alberti y León Felipe. En enero de 1936 había muerto Valle-Inclán, y poco después Pilar de Valderrama se había exiliado a Estoril, junto con su familia. A su hermano Manuel, el golpe de estado del 18 de julio le había sorprendido en Burgos, donde se impondría de inmediato el bando nacional. Y a pesar de todo, él se resistía a abandonar la ciudad, donde la guerra era ya evidente. El 24 de noviembre, sin embargo, Machado no tenía elección: su cara, en la fotografía tomada durante el acto de homenaje que el Quinto Regimiento ofrece a los intelectuales de la República que han de ser evacuados en dos autobuses a Valencia, es todo un poema.

ROCAFORT

Menos de un año y medio. Desde finales de noviembre de 1936 hasta abril de 1938. Ése es el tiempo que pasó en Valencia, fundamentalmente en Rocafort, el poeta en retirada. En medio de las turbaciones de la guerra, y cerca pero lejos del fragor de la Valencia capital de la República, Machado encontró en Villa Amparo su último refugio. Un oasis en medio de la huerta valenciana. Un lugar desde el que trabajar intensamente, hasta la extenuación, por una causa que despertaba asombro en todo el mundo. Y un lugar en el que imaginar, de mar a mar desde el Mediterráneo hasta el Atlántico, a su amada Guiomar, que no abandona sus pensamientos:

«De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro la mar que el horizonte cierra.
Tú asomada, Guiomar, a un finisterre,
miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa».

No lo hará jamás, aunque la comunicación de ambos quede definitivamente cerrada tras su salida de Madrid. El dolor, intensísimo, de haber dejado a Manuel del otro lado. Su consagración definitiva como el «poeta del pueblo». Y el principio del fin.

Con Antonio Machado, convertido en cabeza de familia, en el chalet de Villa Amparo le acompañan su madre, Ana Ruiz, sus hermanos José y Francisco, con sus respectivas esposas, y las seis sobrinas (tres y tres) de los dos matrimonios. El tabaco y el café que le envía su amigo Manuel Azaña le llega con cierta regularidad. La casa se convierte en lugar de recepción de personas de todo el mundo, que quieren conocer al poeta. Pero las penurias son grandes. «Cuando le vi salir a mi encuentro, me llamó mucho la atención su manera de andar, con unos pasitos cortos, casi sin levantar los pies del suelo y con las rodillas semidobladas, como acusando un gran trastorno periférico que se sumaba a sus ya anteriores dificultades cardiorrespiratorias», escribe el médico Francisco Vega Díaz, que le visita.

«Esto es hermoso, muy hermoso. Es como un poco de paraíso», escribe a su vez Machado. Pero lo cierto es que el poeta está ya gravemente enfermo. La República le exhibe como un estandarte. En Valencia le nombran presidente de la Casa de la Cultura y vicepresidente del Consejo Central de Teatros. Y en la gran reunión de las Juventudes Socialistas Unificadas ocupa un lugar de honor al lado de Pasionaria y de Santiago Carrillo. Muy pronto se convierte en la figura central del II Congreso Internacional de Escritores que organiza la Alianza

de Intelectuales Antifascistas, cerrando el encuentro del 17 de julio con su ponencia «Sobre la defensa y la difusión de la cultura». Todos quieren ver a Machado, hablar con Machado, estrechar la mano de Machado.

En diciembre de 1937, cuando subió en Valencia a la tribuna de la plaza de Emilio Castelar invitado por el Ministerio de Instrucción Pública, «parecía que subía al cadalso», recordó su amigo José Bergamín. Leyó entonces, como en una epifanía, su poema *El crimen fue en Granada*, sobre el asesinato de Federico García Lorca. Y ya casi se podía intuir que la guerra incivil española comenzaría con la muerte de un poeta y terminaría, a no mucho tardar, con la de otro. Faltaba todavía la muerte de Miguel Hernández en la cárcel para completar el retablo poético de los desastres de la guerra.

BARCELONA

Cuando salió de Villa Amparo, el último de la casa, dejando las puertas abiertas por la urgencia, Machado contaba ya 62 años. En Madrid, Espasa Calpe había publicado su último libro, *La guerra*, ilustrado por su hermano José. Y en Barcelona le esperaban como colaborador de *La Vanguardia*, con la que se había estrenado en Rocafort. A finales de octubre de 1937 el gobierno de la República se había trasladado a Barcelona. Siete meses después, en mayo, el poeta tendrá que ser evacuado de nuevo a la fuerza. El camino entre Valencia y Barcelona está interceptado, y Machado dejará allí, junto a la huerta valenciana, lo poco que le quedaba.

Su primera estancia, en el hotel Majestic, donde todavía conservan una suite con su nombre, le pareció insufrible. Desde aquel «andén de estación» en el que los corresponsales de guerra extranjeros compartían salones con los últimos restos intelectuales de la República, consiguió por fin que le trasladaran, con toda su familia, al «palacio abandonado» de Torre Castanyer. La

Aviazione Legionaria italiana había dejado caer, en sus campañas de los días 16, 17 y 18 de marzo, 44 toneladas de bombas sobre Barcelona. Así que la ciudad era un muestrario de escombros.

Apartado del centro, en el barrio de Sant Gervasi, Machado lee a Shakespeare y a Rubén. También, en catalán, a Maragall, Ausiàs March y Ramón Llull. Recibe a todos cuantos quieren despedirse de él, ante la inminencia de la caída de la ciudad, y los pocos momentos de alegría los vive cuando el fonólogo Tomás Navarro Tomás ameniza las tardes tocando el viejo piano de la casa. El momento más doloroso se produce cuando sus tres sobrinas, Eulalia, María y Carmen, parten hacia Francia con destino a la Unión Soviética, y el grupo familiar se queda reducido a la madre, el hermano y la cuñada. En el hotel España se queda la otra familia Machado, la de Francisco: el matrimonio y las tres hijas. En este entorno el poeta cumplirá los 63.

En los nueve meses que pasó en Barcelona, el poeta todavía tuvo tiempo de publicar sus sonetos, escritos en Rocafort, para seguir colaborando hasta el último número con *Hora de España* y para escribir los 26 artículos que firmó como columnista de *La Vanguardia*, dedicados fundamentalmente a criticar la ominosa actuación de Francia e Inglaterra en el conflicto español: la víspera de la guerra europea. El artículo número 27 se lo llevó con él. El motorista del periódico no llegó a tiempo de recogerlo.

COLLIOURE

Los últimos días de Antonio Machado camino del exilio son un auténtico via crucis. Antes de salir de Barcelona, le había dicho a Ilya Ehrenburg: «Para los estrategas, para los políticos, para los historiadores, todo estará claro: hemos perdido la guerra. Pero humanamente, no estoy tan seguro... Quizá la hemos ganado». La historia tardaría mucho tiempo en darle la razón. La expedición de los últimos de la República sale de Barcelona el 22 de octubre. Al amanecer del día 23, aprovechando la noche

para viajar, llega a Can Santamaría, ya en la provincia de Girona: un receso de cuatro días antes de emprender de nuevo la huida. Machado quiere dejarle sus papeles a la administradora de la masía (¿estaban entre ellos las cartas de Guiomar?), pero ella se niega. El caso es que la flota de ambulancias, más el camión que transporta los equipajes, se pone de nuevo en marcha para llegar hasta la masía Mas Faixat. Con los Machado viajan el filósofo Joaquim Xirau y los doctores Puche y Trias, el poeta Carles Riba con su mujer, Clementina Arderiù, el naturalista Enrique Rioja, el neurólogo José Sacristán, el profesor Juan Roura, el psiquiatra Emilio Mira, el astrónomo Pedro Carrasco, el geólogo José Royo y el presidente del Institut Catalá de Literatura, Josep Pous. Además de los incondicionales Corpus Barga y Tomás Navarro Tomás.

La mañana del 27 de enero, fría y lluviosa, don Antonio guarda en su maletín el poema que le dedica Carles Ribas: «¡Tristes banderas / del crepúsculo! Contra ellas / soy púrpura viva. / Seré un corazón dentro de la oscuridad; / púrpura de nuevo con el alba». Avanzando todo lo que puede, la comitiva se detiene a medio kilómetro de la frontera de Port Bou. En la cuesta de Els Belitres, Machado pierde sus últimas posesiones en la tierra. Definitivamente desnudo de equipaje, todavía piensa, como le dice a Navarro Tomás, quedarse en España, para seguir el destino de los suyos: «Sería mejor que me quedara a morir en una cuneta». Pero de nuevo no hay opción. El auxilio de Corpus Barga para el paso de la frontera que custodia la guardia senegalesa, el traslado a la estación Cerbère, las levas de los españoles para los campos de concentración, el último refugio del vagón parado en vía muerta, el viaje en tren hasta Collioure. los terribles trescientos metros que separaban la estación del pueblo, el taxi de última hora para poder atravesar la riada... la subida al Calvario continúa, sin tregua.

Machado permanecerá 24 días en el hotel Bougnol-Quintana de Collioure. Le ofrecen marcharse a París, pero él piensa mejor en descansar para partir hacia la Unión Soviética o hacia el Reino Unido. La carta del hispanista John Brande,

en la que le ofrece por fin un puesto de lector de español en la Universidad de Cambridge, llegará un día después de su muerte. Mientras, leerá en español y en francés los libros que le proporciona su nuevo amigo y admirador el empleado de ferrocarriles Jacques Baills, y aceptará la caridad de la mercera Juliette Figuères para vestir a su familia, cuando ésta descubre que los hermanos Antonio y José se turnaban en el comedor los días de lavandería, porque sólo tenían una camisa para los dos.

A las tres y media de la tarde del 22 de febrero de 1939, después de pasar dos días inconsciente, el corazón del poeta dejó de latir. Su madre, que también estaba en coma, recobró por un momento el conocimiento, al otro lado del biombo que la separaba de él en la habitación, para preguntar por él. Tres días después ella misma se marcharía. Los actos del entierro de Antonio Machado en Collioure son los actos del entierro de la República española: bandera republicana que terminó de coser Juliette Figuères la noche anterior; parada de respeto frente a la Casa Consistorial; piquete de honor de soldados-presos de Caballería con permiso del Chateau Royal; discurso del ex ministro Zugazagoiti; presencia del cónsul español; inhumación en el nicho cedido por Marie Deboher. «Ici repose Antonio Machado, mort en exil», como reza la inscripción de su nueva tumba, en la que descansa junto a su madre, costeadada más tarde, en 1957, por suscripción popular, a través del Comité de Amigos de Antonio Machado en Collioure.

La muerte del hombre y el nacimiento del mito del exilio español. Quizás de todos los exilios. De todas las guerras. De todos los sueños perdidos. Un mito, además, construido con las tres heridas de los papeles que encontraron en sus bolsillos. La de la vida, que cerraba el círculo con el alejandrino «Estos días azules y este sol del de la infancia». La del amor, que cambiaba en el verso «te enviaré» por «te daré» (¿en mano, cuando pase todo esto?) la canción del papagayo verde de Guiomar. Y la de la muerte, con esa inquietante cita del «ser o no ser» shakespeariano, que le acompañó hasta el último de sus pensamientos. Y con la muerte, la subida a los cielos del último santo laico de nuestra literatura.

¡Madrid, Madrid!, ¡qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!

A. Machado



MADRID

cultura,
turismo y
deporte

